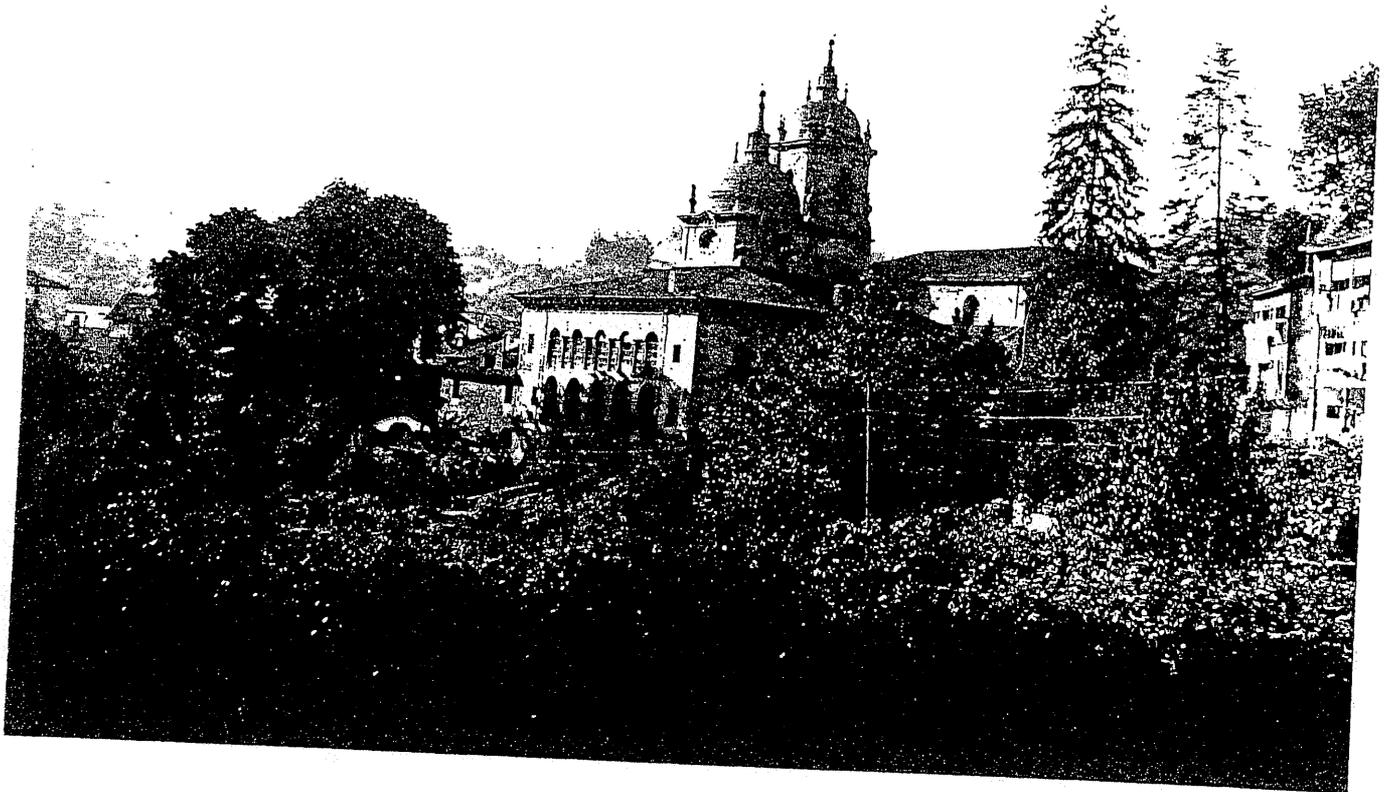




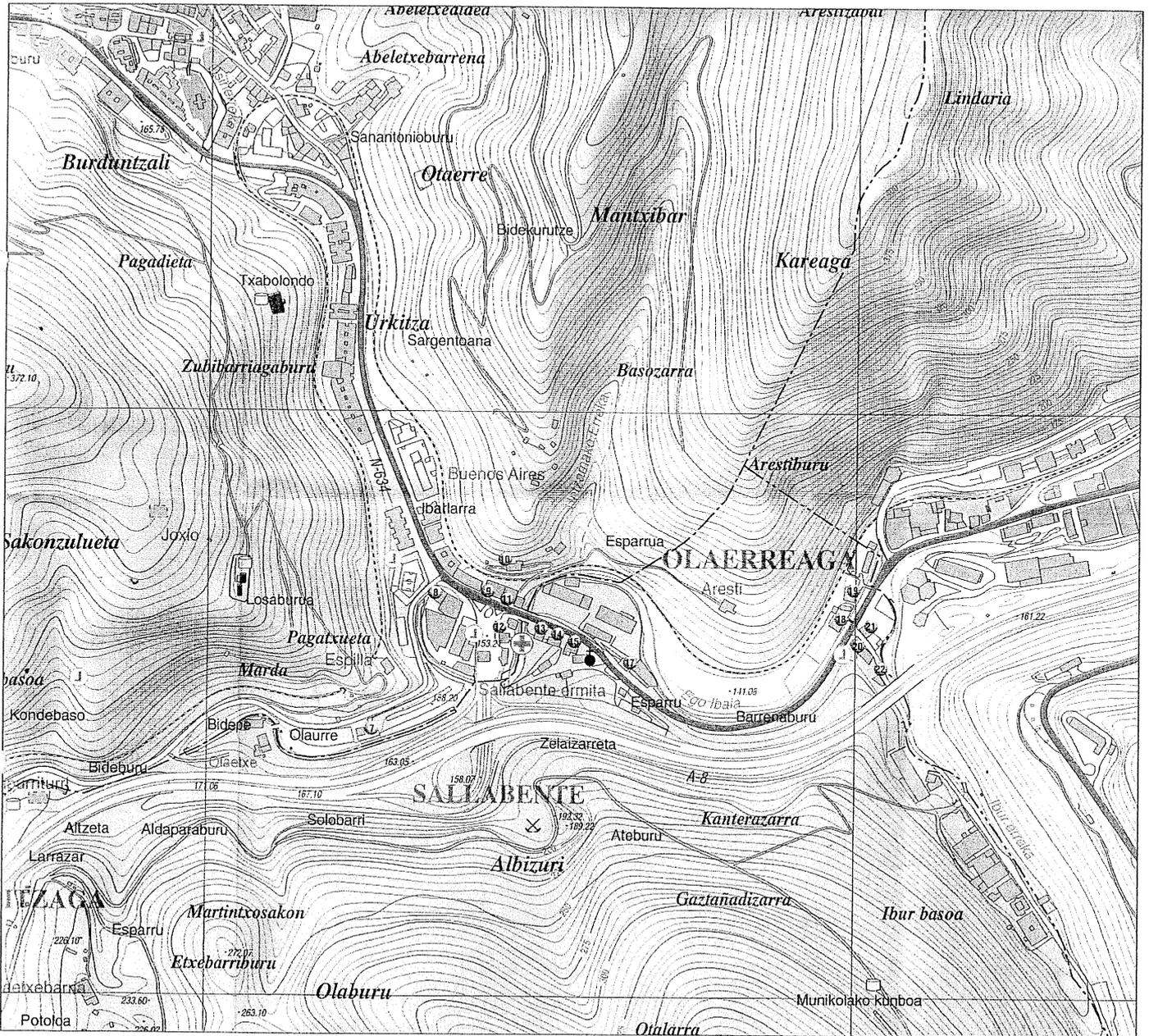
¶ El fuero privilegios fran-
quezas e libertades de los Caualleros hijos
dalgo del señorio de Vizcaya : confirmados
por el emperador y Rey nuestro señor y de los
Reyes sus predecesores.



LA
BATALLA
DE
ERMUA

DE : RICARDO GONZALEZ IZARRA

ZONA DE BATALLA



- El episodio histórico narrado es real.
- Los lugares descritos son auténticos, al igual que muchos de los personajes centrales.
- Existen personajes y textos que son imaginarios.

INTRODUCCIÓN

En marzo del año 1793 se declararon las hostilidades entre el Reino de España y la República Francesa. El Señorío de Vizcaya, alejado de las fronteras galas, no se sintió amenazado por una contienda bélica ya que solo podría ser atacado si Guipúzcoa caía en manos del enemigo. Un hipotético ataque por mar resultaba inviable debido a las quebradas y casi inaccesibles costas Vizcaínas con escaso calado en sus puertos. Por otra parte, Guipúzcoa parecía segura y la campaña de 1793 resultó favorable a las armas españolas lo que dio confianza y tranquilidad a los vizcaínos.

Pero la campaña de 1794 cambió radicalmente el panorama. Las tropas de la convención francesa, ya sin Robespierre derrocado y guillotinado dos meses antes, penetraron de nuevo a través de Irún. Fracasado el primer intento defensivo de los voluntarios guipuzcoanos a los que se unió el joven José M^a de Orbe y Elio, III Marqués de Valdespina, la provincia de Guipúzcoa, con la diputación al frente, capituló ante la ofensiva gala comandada por el general Moncey.

Don José M^a de Orbe y Elio, gravemente herido en el enfrentamiento, fue trasladado desde Tolosa hasta su solar de Ermua a través de las localidades de Azpeitia, Azkoitia, Elgoibar, y Eibar.

Con Guipúzcoa en manos de los franceses la preocupación cundió en el señorío de Vizcaya que se encontró, inesperada y repentinamente, con la guerra a las puertas de su territorio. El Señorío, sintiendo inminente el ataque francés, preparó tres puntos de defensa en la línea divisoria con Guipúzcoa. El alto de Kampazar, la encañada de Ermua y la costera población de Ondarroa. Siendo la fronteriza Villa de Ermua uno de los lugares elegidos estratégicamente para impedir el avance galo, al ser importante nudo de comunicaciones y paso obligatorio del Camino Real, fue reforzado apresuradamente por una guarnición de hombres escasamente preparados y peor equipados que formaron la Compañía de Ermua.

A pesar de sus numerosas carencias, estos soldados disponían de un importante bagaje: una férrea voluntad no exenta de valor y heroísmo que les capacitaba para defender, a un a costa de su vida, el territorio histórico de Vizcaya, con todos los derechos, privilegios y libertades recogidos en sus Fueros.

La Villa de Ermua, con el Marqués de Valdespina al frente, estaba dispuesta para el sacrificio en defensa de su Señorío.

Casa – Palacio del Marqués Valdespina:

Solar del III Marques de Valdespina D José M^a de Orbe y Elio.

El mayordomo llama con los nudillos en la maciza puerta de roble de la estancia del Marques.

Son las seis de la mañana. D. José M^a abre la puerta de inmediato con su única mano, la izquierda.

-Señor, comunicó el mayordomo, el Teniente Maquibar de la Compañía de Ermua le espera en la sala contigua a las caballerizas para entregarle un comunicado.

-Gracias, Martín. Avísele al Teniente que bajare tan pronto me haya preparado, pero antes acompáñele a la entreplanta y ofrézcale café con galleta de manzana.

El Marqués no se hizo esperar y pronto llegó al aposento donde el Tte. Maquibar, de pie, daba cuenta del contenido de la taza de porcelana.

-Buenos días Teniente-, inquirió el Marqués con mirada entre interrogante y preocupada.

-¡Señor!- Contestó el Tte. Maquibar con decisión. *-Las tropas francesas de la Republica han roto la defensa de Madarixa y por el alto de Azcarate se dirigen a la cuenca del río Deba. El Jefe de Línea, Comandante Larrinaga, solicita su presencia para preparar con detenimiento la estrategia defensiva más adecuada. Le espera en el puesto de la ermita de S. Lorenzo junto al resto de los mandos. He traído un carruaje para su traslado.*

-Agradezco su buena disposición- indicó el Marqués *-pero montaré mi propio caballo. Avise al comandante que a las siete en punto me presentare en la ermita.*

El Marqués, aún convaleciente de la grave herida que había sufrido un mes antes en el frente de Irún y de la delicada operación de la amputación de su brazo derecho realizada por los médicos militares en Tolosa y con la herida aún sin cicatrizar y en plena cura, se colocó la media pechera de cuero enlazada y adaptada a su hombro derecho y se vistió el traje militar de campaña. Por el innegable valor y espíritu de lucha demostrado en la reciente batalla de Irún, Valdespina había sido nombrado Capitán de Infantería. Impecablemente vestido y a la grupa de su caballo Gaytan, el Marqués de Valdespina llega solo al lugar acordado junto a la ermita, en el barrio de Sallabente perteneciente a la anteiglesia de Zaldibar.

El Marqués contribuyó con su presencia a la urgente y decisoria reunión de forma eficaz y aportó toda su aún corta pero notable experiencia bélica al tiempo que asombró a todos por su enorme capacidad estratégica y sus extraordinarias dotes de mando.

La personalidad del Marqués cautivó sobre manera al comandante Larrinaga de tal modo que de inmediato le encargó la responsabilidad de asumir la Jefatura estratégica y táctica de la operación militar en ciernes.

El sol comenzaba a asomar por las empinadas laderas del monte Kareaga y su reflejo hacía brillar las aguas del río Ego que junto a la vieja ermita aumentaba su caudal al ser punto de reunión con los afluentes que lo formaban: el río Urtia, el Zabaleta, el Errekalde, el Aixola y el riachuelo del Ultzama. Los tres primeros se hallaban unidos ya, un kilómetro antes, en el casco urbano de la Villa de Ermua.

Valdespina, sin pérdida de tiempo, se puso de inmediato en faena y acordó tres puntos de defensa en lugares colindantes y destinó el grueso defensivo a cerrar el camino hacia Ermua entre los montes Urko y Udetá. De las cuatro piezas de cañón “Dragones” que disponían se situarían dos en diagonal a ambos lados del sendero que se

dirigía al barrio de Olarreaga que era el lugar por donde inexorablemente debían aparecer las tropas galas de la Revolución. Las otras dos piezas “Dragón” se situarían en el centro de la carretera a la altura de Txabalondo. Un poco más arriba del caserío de Aresti, ocultos entre peñascos de roca caliza, el marqués apostó a dos vigías para observar el movimiento de los contingentes galos y poder dar el aviso, en caso de aparición, con sus gastadas albocas. Luego podrían retroceder por Ultzama hasta Ermua para dar la alarma a los últimos vecinos dándoles tiempo para dirigirse a lugares seguros como el alto de Ongarai o el vecino barrio de Berano a través de la cuenca del río Errekalde. Para dar mayor solidez a la vigilancia, Valdespina ordenó a dos hombres de su total confianza, Juan de Bustinza y Luis de Madariaga, vigilante del hospital de la villa y capataz armero respectivamente, ascender a la cima del monte Kareaga desde donde podían observar, sin ser vistos, el camino real, la villa de San Andrés de Eibar y al ejercitó francés. Bien pertrechados y perfectos conocedores del terreno, ambos ermuarras se dirigieron a Kariagain punto de enorme valor estratégico para la vigilancia de la zona.

A las doce del mediodía (hora del Ángelus) el marqués entro en la ermita. Estaba vacía, fresca y tan solo iluminada por el intenso haz de luz que penetraba por un pequeño y redondo ventanal situado en un lateral de la parte anterior del edificio, a la altura de un semidesnudo altar de madera de roble adornado con dos candelabros de bronce de estilo gótico.

Valdespina se sentó en uno de los bancos corridos en el fondo de la ermita junto a la pila de agua bendita de piedra labrada. Al abrigo de la soledad y el silencio el joven Marqués se dispuso a meditar sobre la situación y el futuro de su querido pueblo y del Señorío de Vizcaya, no sin antes preguntarse íntimamente porqué a sus veintidós años el destino le había castigado tan duramente dejándole sin su brazo derecho.

Siendo la escritura una de sus grandes aficiones, esa pérdida era para él un duro mazazo pero se propuso, si salía a bien de los difíciles momentos que se avecinaban, esforzarse al máximo en educar a su mano izquierda para poder continuar con la afición que a él tanto le agradaba.

Sin dejarse embargar por la melancolía Valdespina reaccionó pensando que la pérdida de su miembro había sido en defensa de una causa noble y justa: la salvaguardia de su país y de sus gentes y, en consecuencia, de sus tan preciados fueros y privilegios que tanto dignificaban a su tierra.

Su brazo derecho (sopesó el Marqués) era una migaja al lado de cientos de ciudadanos que habían sacrificado sus vidas desde que los franceses de la convención habían tomado la injusta e innoble decisión de invadir su amado territorio sin otro objetivo que apoderarse de él e instalarse sometiendo a sus habitantes y violando todos sus derechos.

Sin dejarse amilanar por los crueles pensamientos que le embargaban, el Marqués, sacando a relucir su talante firme y decidido, y el gran valor que le caracterizaba, se puso en pie y después de dirigir una mirada al crucifijo de madera que estaba adosado a la pared central junto a una figura de S. Lorenzo, presidiendo la antigua ermita, salió al exterior dirigiéndose al lugar donde el comandante Larrinaga platicaba con algunos mandos de la línea de Ermua.

La sombra de los fresnos y la húmeda brisa del río aliviaba un tanto el sofocante calor del mediodía mientras los jefes se iban informando por boca de Larrinaga, de los pormenores del plan de batalla del Marqués.

El alférez Juan de Gallastegui del tercio de la merindad de Durango, oriundo de la cercana anteiglesia de Zaldua y amigo personal del Marqués, sería el encargado de supervisar todas las posiciones de vanguardia incluyendo el asentamiento de

observación del monte Kareaga. Se le asignaron cuatro hombres pertenecientes al grupo de montaña Tabira, integrados en el Tercio de Durango, y expertos conocedores del terreno. No obstante, y a la petición del Marqués, se les unió Domingo de Saloeche, guardabosques de las anteiglesias de Mallabia y Zaldúa y de la Villa de Ermua.

El alferez Juan de Gallastegui era hijo de Tomás de Gallastegui y Ursúa, comisario jefe del puerto mercantil de Abando, el más importante del Señorío de Vizcaya. La madre Elisa de Organbide y Martiarena procedía del valle navarro del Baztán y era la única hija del Vizconde de Organbide, noble señor poseedor de tierras y fincas en Arrayoz, Lecaroz y Ciga y una hermosa casa-palacio en Irusita donde residía. El alferez Gallastegui y el Marqués de Valdespina se conocieron en una cacería organizada por los marqueses de Besolla en el término navarro del Señorío de Bértiz.

Cuando sus padres se asentaron en el Barrio de Gazaga de Zaldúa, propició una frecuente relación entre ambos jóvenes que pronto se convirtió en estrecha amistad.

Las acciones para llevar a cabo debidamente el plan estratégico se habían puesto en marcha.

En un intento de obstaculizar el paso de las tropas francesas se cerró el camino real, a la altura de la vieja cantera, con trocos y ramas de alisos, robles y algunos viejos árboles talados en las inmediaciones. Empaparon toda la maraña arboril con aceite mezclado con carbón vegetal y pólvora quedando listo para, cuando los galos asomaran, darle fuego con el fin de retrasar su avance.

Ya al atardecer bajó Juan de Bustinza del monte Kareaga para dar la primera información:

-Los franceses han ocupado S. Andrés de Eibar y están montando campamentos-. Ello daba a entender que el ejército de la Convención tardaría aún unos días en avanzar hacia la divisoria de Ermua.

Después de realizar diversas consideraciones y de supervisar los planes tratados, el Marqués volvió a su solar de Ermua. Caía la tarde cuando Valdespina, sentado en el jardín de su palacio, cerraba en la página cincuenta y cuatro un ejemplar de la Odisea de Homero dirigiendo una última mirada a los dos espléndidos cedros de Atlas que emergían majestuosos al fondo del jardín, tomando el sendero que al sur era cortado por el portón de entrada de carruajes que accedía desde el camino real, se retiró a uno de sus aposentos más apreciados del palacio: La biblioteca de los Orbe.

La amplia estancia, sobria pero magnífica, estaba situada en la segunda planta del ala izquierda del edificio con una amplia ventana justo por encima del río y de un pequeño jardín botánico donde destacaban dos inmensos abetos rojos rodeados de arces, abedules y frondosos tilos. Ya junto al río crecían sauces, espinos y mimbreras. Más allá, cerca del vallado metálico de estructura forjada que separaba el jardín de la calle Barrencalle, crecían laureles, acebos y algunos quercus que rodeaban a un extraordinario ejemplar de castaño de indias que a su vez protegía en su regazo al árbol más emblemático del marquesado de Valdespina: una magnolia soulangiana a la que todo el mundo denominaba “árbol de los pispillus”. Este ejemplar era único en todo el territorio y había sido plantado por el abuelo de D. José M^a el I Marqués de Valdespina D. Andrés Agustín de Orbe y Zarauz.

Sentado junto a una mesa de nogal que presidía el salón, Valdespina preparó el tablero de ajedrez y llamó a Martín. Las fichas labradas en marfil blanco y negro y el tablero policromado eran de herencia familiar y provenían de un regalo que el Rey Carlos II le hizo a su tío-bisabuelo el cardenal Orbe en el año 1727 cuando por decreto regio llegó a presidir el Real consejo de Castilla.

El Marqués, sumido en esos recuerdos, alzó la vista y fue observando, uno por uno, los bustos de sus antepasados que decoraban la estancia. Varios de ellos estaban realizados en bronce fundido.

En una misma peana de mármol de Carrara, estaban los bustos de sus tatarabuelos paternos: D. Antonio de Orbe y Martínez de Roma y D^a. M^a Ana de Larreategui, ambos descendientes de poderosas familias hidalgas de la nobleza. Los Orbe eran originarios del caserío del mismo nombre en el barrio de Anguiozar de Elgueta y los Larreategui oriundos de Ermua. Cuando ambos contrajeron matrimonio el vínculo Orbe-Larreategui se afincó en Ermua, villa de raigambre donde los hidalgos de lugares convecinos debían probar su condición de nobleza para su posterior asentamiento en el municipio.

La pareja habitó en la casa Zarra enclavada en la calle Izelayeta. La casa denominada Zarra era una edificación renacentista de dos plantas con una bella fachada construida en piedra de sillería. A ambos lados de la balconada flanqueaban, dos artísticos escudos barrocos con las armas de los Larreategui y Orbe.

Junto al de sus ancestros el Marqués había situado el busto de alabastro del cardenal Orbe D.^o Andrés de Orbe y Larreategui, personaje muy ilustre que alcanzo los más altos cargos eclesiásticos en la época del Rey de España Carlos II y que obtuvo de él el título de Marqués por todos los favores prestados al reino. Dicho título lo cedió el Cardenal a favor de su sobrino D.^o Andrés Agustín de Orbe y Zarauz abuelo de D. Jose M^a y I Marques de Valdespina como ya había quedado señalado.

D.^o José M^o, enfrascado en sus pensamientos recordó que su padre le había aclarado que el Real título de Castilla denominado Valdespina no había sido elegido al azar por el cardenal sino que debido a la abundancia de espino blanco en todo el término de la Villa de Ermua y unido además, al sinónimo de Valde-valle, acertó de pleno en la denominación de Valdespina.

D.^o José M^a sintió que un escalofrió recorría por su cuerpo mutilado cuando comprobó la realidad de ser él mismo el III Marques de Valdespina. Pero esa sensación no fue debida al orgullo de su título sino a la responsabilidad que tenía con su pueblo, con su tierra y con su Rey. Además su preocupación aumentaba en aquel delicadísimo momento debido al próximo y posiblemente duro enfrentamiento con los ejércitos franceses de la Convención.

El joven Marqués observó el vacío inexistente del brazo derecho y ante la inequívoca e irreparable pérdida sintió que su energía se acrecentaba y a floraban a su piel el brío, la tenacidad y el valor, compañeros suyos inseparables, al tiempo que notaba que por su sangre fluía el indomable carácter de los Orbe.

En el instante que su mirada se dirigía hacia el rostro de uno de sus antepasados, llamaron a la puerta.

-Adelante Martín-, contestó el Marqués con voz suave y amistosa.

-¿Interrumpo D. José M^o?- inquirió Martín entreabriendo la puerta.

-Ya sabes que no-, sentenció el Marqués. *-Tu presencia siempre me es grata, Martín. Pero, puedo observar tu astuta mirada. He de decirte que no intentes desviar mi atención con tus finas argucias, así que quiero verte ya sentado frente a mí para poder dedicarnos a lo nuestro. Si no recuerdo mal hoy, Martín, juegas con blancas de manera que te corresponde el primer movimiento.*

Martín con irónica sonrisa, se acomodó frente al Marqués.

-Peón cuatro de rey-, manifestó Martín.

Valdespina alzó la vista y dirigió su mirada, inquisidora y profunda, a su fiel mayordomo y querido servidor.

Martín era cuatro años mayor que él. Se conocían desde niños, cuando sus padres se trasladaban, de vez en cuando, al palacio de Astigarraga de Murguía, donde disponían de numerosas posesiones. El padre de Martín, D. Antonio de Ayala, había sido capataz de las fincas pertenecientes al Marquesado y D. José M^a acompañaba a Martín en diversas correrías por el entorno. Gustaban de adentrarse, muy especialmente, en el bosque de Bustaiz verdadero vergel de flora y fauna atravesado por un riachuelo donde se bañaban con frecuencia en la época estival. Años más tarde, al quedarse huérfano Martín, D. José M^a de Orbe no dudó en acogerle en su casa solariega de Ermua donde cumplía las veces de mayordomo, capataz y hombre de confianza compartiendo con él muchos momentos de ocio.

-Jaque al rey-, afirmó el Marqués.

Martín, sin inmutarse, movió la torre blanca defendiendo su pieza más valiosa.

Valdespina, que había utilizado la defensa siciliana intentando contrarrestar la complicada apertura española de Rui López que Martín le había planteado al comienzo de la partida, se quedó pensativo.

Sólo le quedaba una opción para no perder la partida y era la de dar jaque continuo y el Marqués así lo atestiguó, ante lo cual ambos contendientes cruzaron una mirada de asentamiento dando a entender que el juego finalizaba en tablas. Ninguno de los dos salía victorioso ni derrotado.

-Son casi las ocho y la cena estará ya lista D. José M^a-. Apuntó Martín.

Orbe sonrió pero en su semblante se advertía un rictus de tristeza.

-Nos esperan momentos muy difíciles Martín-, comunicó el Marqués *-la batalla que se nos avecina será como una partida de ajedrez sangrienta. Te necesitaré a mi lado.*

-No dude de ello D. José M^a-. Contestó Martín *-Seré y perdone mi atrevimiento, algo así como su sombra o si lo prefiere me adaptaré a ser su cayada.*

Ante dicha expresión Valdespina presentó una sonrisa más amplia.

-Puestos a elegir-, Ironizó el Marqués *-prefiero que sea mi sombra, no sea que en algún momento puedas ser tentado a hacer mal uso de la cayada.*

El Marqués sin variar su semblante, vaticinó:

-Ya ves, mi apreciado Martín, que se avecinan negros nubarrones pero aún en los tiempos más duros y en los momentos más difíciles no debemos perder el sentido del humor.

Martín, guardando silencio, clavó sus ojos iluminados y ansiosos en los ojos profundos y decididos del Marqués.

-Pienso-, Continuó el Marqués *-que sería necesario convocar una sesión municipal en el ayuntamiento para mañana temprano. Acércate, Martín, hasta la casa del alcalde y comunícale en mi nombre la conveniencia de celebrar una junta en el salón del concejo. Convendría que asistieran el Alcalde y los corregidores. Por mi parte me presentaré a las ocho. Ahora esperaré tu vuelta para que podamos cenar juntos.*

25 - AGOSTO - 1794

Valdespina cruzaba la plaza del cardenal Orbe cuando la campana de la torre de la iglesia de Santiago hacía sonar las ocho menos cuarto de la mañana.

En el salón de reuniones se encontraban D. Pedro de Basavilbaso, secretario municipal y escribano, Matías de Ibarra, personero, Juan de Ugarte y Araiz, alcalde de la Villa, y los regidores Pedro de Munibe y Matías de Elormendi. Al poco rato se presentaron Andrés López de Zarate, síndico del ayuntamiento y Felipe Gárate de Zaldivar, diputado de Ermua en las Juntas Generales de Guernica que, con voz y voto, ocupaba el asiento numero doce en los Congresos generales.

Finalmente hizo acto de presencia el Jefe de Línea de la Compañía de Ermua, comandante Larrinaga, invitado a la reunión por deseo expreso del Marques de Valdespina, Señor de la Villa.

Después de cuatro horas de conversaciones, propuestas, planteamientos y acuerdos, los nueve mandatarios prepararon un programa sobre la defensa de la Villa y el salvamento de la población civil que fue aprobado por unanimidad y reflejado escrituralmente por el secretario Basavilbaso.

La hipotética defensa de la Villa dependía fundamentalmente del resultado del enfrentamiento; siendo Ermua una población murada, su defensa solo era viable en caso de igualdad de fuerzas de ambos contendientes. En caso de avance enemigo (en la reunión militar celebrada la víspera en S. Lorenzo ya habían previsto la retirada y el traslado de todo el contingente militar en dirección a la cuenca del río Urtia al pie del monte Mallamendi) la única solución que quedaba era dejar los portones de acceso a la Villa cerrados a cal y canto. Otro de los puntos planteados fue el asunto de las herrerías. Ermua, como Villa ferrona, disponía de tres herrerías ubicadas todas ellas en el entorno de la ermita de S. Antonio, fuera de los muros. Siendo su producto principal (aparte de llaves, aparejos, verjas, aperos y utensilios varios) las armas y sus diferentes partes, acordaron el traslado de los productos acabados ó en proceso de fabricación al interior del recinto murado. La maquinaria y las instalaciones quedaban en manos del destino en el caso de que los franceses consiguieran llegar hasta los límites.

Finalmente, y para evitar que cayera en manos del enemigo, debido a su difícil traslado, decidieron inutilizar las piezas fundamentales del barreno para cañones. Poco a poco fueron atando cabos y a primera hora de la tarde Larrinaga, Juan de Ugarte y Valdespina se encontraban sobre el puente de Sallabente. Dicho puente era una bellísima obra de piedra sillar construida por José Joaquín de Orbe y Murguía, II Marques de Valdespina y padre de D. José M^a. El lugar era denominado Katia por la cadena-barrera que lo atravesaba por las noches, para evitar el paso de los comerciantes clandestinos. Además de ser punto de línea divisoria interterritorial, el puente era paso obligatorio de carretas de comercio con el consiguiente pago de impuesto fiscal de paso.

Al tener noticia fehaciente de que los franceses habían roto la conexión armera del eje Eibar-Ermua-Reales Fábricas de Armas de Placencia, el alcalde, el comandante y el Marqués tomaron la decisión de destruir el puente con el fin de obstaculizar al máximo el avance galo e impedir de esa forma el paso de carruajes y del grueso de la caballería gala.

Antes de llevar a cabo el derrumbamiento del puente, Valdespina ordenó la realización de un plano a la espera de que un día no muy lejano se pudiera volver a reconstruirlo de forma similar.

De la ejecución del croquis a mano alzada y de las posteriores anotaciones dimensionales se encargaron el secretario Pedro de Basavilbaso y el Teniente Maquíbar, topógrafo, ayudados por el personero Matías de Ibarra.

Valdespina, después de consultar con el alférez Juan de Gallastegui el movimiento de los franceses en la cercana población de S. Andrés de Eibar y de recibir respuesta de que no se había observado variación alguna desde la víspera, puso rumbo a Ermua acompañado de Martín, evitando así el tener que asistir al penoso espectáculo de ver la destrucción del bello puente de piedra caliza. Minutos más tarde, cuando el Marqués acariciaba el hocico de su caballo Gaytan en las caballerizas contiguas a su palacio, oyó el tañido de la campana de la iglesia que llamaba a concejo y decidió acudir al mismo.

En los pórticos bajo la Casa Consistorial donde se celebraban los ayuntamientos públicos, se fueron reuniendo las gentes del pueblo: caballeros e hijosdalgo (según el Fuero de Vizcaya todos los vizcaínos eran hijosdalgo).

D. Andrés López de Munibe el síndico procurador general leyó en voz alta el motivo de la convocatoria y los asuntos a tratar. A su lado se encontraban el alcalde, los dos regidores y el diputado. Matías de Ibarra, el personero, se encontraba de enlace entre los mandos militares asentados en el barrio de Sallabente y los civiles de la Villa murada.

Valdespina, apoyado en el tronco de uno de los enormes tilos que adornaban la plaza, escuchaba con atención las directrices y recomendaciones dirigidas a la población civil. Entre alguna de las decisiones tomadas estaba la de que las personas mayores de sesenta años se hicieran cargo y responsabilidad del custodio y mantenimiento de todos los menores del municipio, niños y niñas en edad escolar; para ello organizarían el traslado, la manutención, la estancia y la educación de los chavales en el barrio de Berano perteneciente a la anteiglesia de Mallabia y ubicado en un alto en dirección norte y entre montañas, lugar bien protegido y de difícil acceso.

Dos grandes caseríos pertenecientes a D. Martín de Arriaga, procurador y Caballero de la Orden de Santiago, darían albergue a las, ciento cuarenta y tres personas que junto a dos mujeres en periodo de lactancia se trasladarían a Berano en las próximas horas. Al atardecer de ese mismo día la comitiva se puso en marcha con tres carros de bueyes trasportando mantas, víveres y enseres además de cuatro burros, dos caballos percheñones y seis vacas. La puerta norte de acceso a la Villa se abrió a las seis y media de la tarde y por ella salió el grupo comandado por D. Jacinto de Solocoeche, antiguo Alcalde de la Villa y por D^a teresa de Guelbenzu, comadrona y viceregenta del Hospital de Ermua.

El Marqués dormía a pierna suelta cuando Martín llamó a su puerta. Eran las siete de la mañana y a través de la ventana de su habitación, que daba al parque, ya se divisaba el reflejo de los primeros rayos de sol por detrás del monte Egoarbitza. Se aseó y se metió con prontitud para disponer de tiempo suficiente y dirigirse, antes de bajar a Sallabente, a la Iglesia de Santiago con el fin de conversar unos minutos con el párroco D. Manuel de Rivas.

Cuando el Marqués alcanzaba la puerta de salida de su palacio, le salió al paso D^a Obdulia la cocinera y ama de llaves, persona entrañable que había sido antaño ama de cría del Marqués al que adoraba con locura.

-D. José M^a!- Precisó D^a Obdulia con tono firme y decidido pero con suma delicadeza *-observo que lleva unos días muy ajetreados y le encuentro más delgado. Debe Ud. Mejorar su aspecto y para ello deberá alimentarse mejor de lo que viene haciendo últimamente. Hoy le he preparado un desayuno especial y no permitiré que se vaya sin tomarlo; hágalo por mí D. José M^a.*

El Marqués, que ya tenía su mano en el pomo de la puerta, balbuceó unas palabras inconexas y se encontró de pronto, sin argumentos para contrariar a D^a Obdulia por lo que, sumisamente, le acompañó hasta una pequeña estancia contigua a la cocina como un perrito fiel.

Valdespina tuvo que dar cuenta, bajo la atenta mirada de su entrañable ama, de dos piezas de manzanas asadas, un vaso de leche tibia lleno hasta el borde amén de un par de huevos revueltos y un trozo de queso fresco elaborado por los pastores de ovejas del monte Oiz.

Cuando el Marqués, acompañado de una hogaza de pan tierno, dio cuenta de todo el condumio, D^a Obdulia con semblante complacido le dijo:

-Eso ya está mejor, D. José M^a. Ahora ya puede dirigirse a realizar sus asuntos.

Orbe y Elio, de pie, se acercó a D^a Obdulia y dirigiéndole la mejor de las sonrisas le inquirió:

-Sra. Obdulia, le agradezco infinitamente todas las atenciones que recibo de Ud. pero ya debo marcharme.

Por cierto éste mediodía Martín le acompañará hasta el caserío de Orrospengo en el alto de Trabakua. Prepare sus cosas. Allí estará bien atendida durante un tiempo, al menos hasta que amaine la tormenta que se avecina; Ud. Ya me entiende.

-¡Pero... Señor!...

Valdespina se acercó a D^a Obdulia y le abrazó. Antes de que el ama pudiera reaccionar el Marqués había cerrado ya la puerta tras de sí y se encaminaba, con paso ligero, hacia la parroquia en busca del beneficiado Rivas, párroco de la Villa.

Orbe y Elio acordó con D. Manuel de Rivas esconder los objetos de valor como los candelabros de plata, vasos sagrados y demás ornamentos religiosos, en los sótanos del palacio lugar perfectamente camuflado que, junto al río, disponía de un pasadizo que daba a parar a la parte trasera del viejo lavadero.

Cuando, entre otras cuestiones, Orbe y Elio le propuso a D. Manuel desplazarse al lugar de Berano junto al resto de las personas que ya se encontraban allí a buen recaudo, éste, recogiendo la sotana hasta la cintura y calándose una negra boina de felpa, respondió:

-Sr. Marqués, los tiempos que corren no están para novenas. Tomaré el fusil hasta que el Altísimo me permita de nuevo realizar mis funciones religiosas. Es mi deber como hombre, como vizcaíno y como sacerdote velar por mis feligreses y mi parroquia. Ante las hordas sin escrúpulos mi conciencia está dispuesta a defender el Señorío y las libertades con las armas y a dejar las buenas palabras para momentos más propicios.

El Marqués guardó silencio y sintió que su espíritu se agrandaba y fortalecía con lo que acababa de escuchar y después de intercambiar unas miradas de asentamiento con el párroco tomaron ambos rumbo a las caballerizas. El Marqués cedió a D. Manuel uno de sus caballos y montando él en la grupa de Gaytan bajaron juntos hasta la ermita de S.Lorenzo a reunirse con los mandos. Valdespina presentó a su párroco Rivas a D. Manuel de Iturriaga, capellán de los Tercios de la merindad de Durango que se alegró sobremanera al ver a una persona tan mayor (D. Manuel de Rivas tenía más de sesenta años) dispuesta a luchar con una energía y un vigor impropios de su edad. Mientras ambos sacerdotes platicaban el Marqués se reunió con el Teniente Joaquín de Maquíbar para que le pusiera al corriente de las últimas novedades en los puestos de vigilancia ante la obligada ausencia del Tte. Gallastegui que se había trasladado al barrio de Berano con el fin de supervisar el asentamiento en la zona de la población civil. El Tte. Maquíbar era primo segundo del Marqués y militar de carrera. Nacido en Durango estaba casado con Casilda de Urberuaga natural del barrio de Arta del municipio de Bolívar. Su padre Julián de Maquíbar y Murguía era primo carnal del padre del Marqués y había sido coronel del Ejército del Norte en tiempos del rey Carlos II.

Su dedicación y lealtad estaban fuera de toda duda y el Marqués confiaba plenamente en él al igual que sus subordinados que estimaban sobremanera tanto su carácter cercano y humanitario como su aplomo en momentos delicados. El Cdte. Larrinaga delegaba en él, con frecuencia, las órdenes militares.

Valdespina y Maquíbar, montados a caballo, se acercaron hasta el caserío de Aresti donde contactaron con los dos vigías y con Juan de Bustinza que había bajado del alto de Kareaga a recoger el avituallamiento. Pronto se pusieron al tanto de la situación y de las intenciones aparentes del ejército francés y quedaron de acuerdo en afirmar que aún no estaban en disposición de ataque. No obstante Valdespina creyó oportuno acercarse hasta el punto de vigilancia de Kariagain y, acompañado de Bustinza y de Maquíbar, se presentó en la cima pasando primero por Arestiburu y tomando luego la pista, que en dirección norte, llegaba hasta el paraje de Ultzama en cuyo arroyo refrescaron a los caballos. Posteriormente, y siguiendo el curso del Ultzama erreka, llegaron hasta Aldapa desde donde a los pocos minutos alcanzaron Motaosteko tontorra punto donde se encontraba Luis de Madariaga en su puesto de control y vigilancia. Desde aquel lugar la vista panorámica de la Villa de S. Andrés de Eibar y su entorno era extraordinaria. Valdespina comprobó "in situ" el asentamiento de los franceses viendo con claridad que, por sus movimientos un tanto relajados, todavía no estaban en disposición de comenzar un ataque, aún a sabiendas de que éste iba a ser inminente.

El Marqués desde el otero donde se encontraba, tuvo tiempo suficiente para sacar otras conclusiones comprobando que el desfiladero de Olarreaga por donde transcurría Ibur Erreka podía ser un punto excelente para urdir un señuelo que pudiera despistar a los franceses a su paso por la muga del puente de S. Saturio. Entre Ibur basoa y Gaztañadizarra podrían apostar a algunos hombres que llamaran la atención mediante gritos y disparos haciéndoles creer que por el paso de Ibur Erreka existía un fuerte contingente de tropas defensivas que pudieran hacer mella en el flanco izquierdo del grueso de su ejército.

Mientras bajaban del monte hacia Sallabente, el Tte. Maquíbar y el Marqués fueron dando forma al plan elaborado de manera que cuando se reunieron de nuevo con

el Cdte. Larrinaga, la operación urdida para engañar al enemigo estaba ya perfectamente estructurada. Para llevar a cabo dicho ardid se contaría con el uso de los nuevos fusiles en fase de experimentación de los que sólo se habían fabricado unas muestras y que aún no habían sido utilizadas mas que en el banco de pruebas de Kanterazarra. Dichos fusiles disponían de un sistema inventado por el maestro armero de Eizaga, Nicolás de Garaicoechea. Se trataba de un mecanismo de forma hexagonal con seis cavidades para los proyectiles de tiro que giraba sesenta grados alrededor de un eje en el momento de apretar el gatillo. Con un movimiento manual se expulsaba la vaina a través de una ventana lateral. Al terminar los seis disparos se abría una tapa de fijación y se reemplazaba el mecanismo por otro ya cargado con seis nuevos proyectiles. Aunque el sistema no era totalmente automático si permitía el disparo "casi continuo" con solo algunos breves tiempos muertos. Las pruebas realizadas hasta ese momento habían resultado satisfactorias y Nicolás de Garaicoechea con la inestimable ayuda del armero eibarres Benito de Gárate había fabricado una decena de modelos de fusil bautizados con el sobrenombre de Corzos. Estas pruebas artesanas serían aprovechadas para ser utilizadas por vez primera en campaña bélica.

El Cdte. Larrinaga, persona de razonamientos lógicos y siempre dispuesto a avanzar en medidas progresistas, no vaciló en dar el visto bueno a la novedosa operación de argucia estratégica y dispuso al Alférez Juan de Gallastegui para poner en marcha el atinado planteamiento de Valdespina y Maquibar. El párroco D. Manuel, informado de la estratagema en ciernes, quiso ser parte protagonista de la misma y así lo hizo saber a los mandos, sin posibilidad alguna de hacerle desistir en el empeño. Valdespina, buen conocedor de las férreas decisiones del cura, le incluyó en la operación como partícipe del grupo que, en cuanto se hallara formado y suficientemente abastecido, se desplazaría hacia el punto acordado en las inmediaciones de Gaztañadizarra. Una vez allá, entre la maleza y la maraña de arbustos de Ibur-basoa, al pie del depósito de agua de Munikola podría el grupo asentarse, sin temor a ser descubiertos, hasta el momento de entrar en acción. En aquel momento el barrio de Sallabente era un hervidero de soldados, mulas, tiendas de campaña, armamento y enseres de avituallamiento. Algunos escuadrones formaban en la explanada contigua a la ermita y otros realizaban pruebas de tiro con balas de fogueo en Kanterazarra. El personal allí congregado rondaba el millar. Parte de ellos se encontraban en el bosque de castaños existente entre la ermita y el barrio de Eizaga donde los soldados realizaban trabajos de limpieza y puesta a punto de las armas descansando de turnos. Antes de llegar a Eizaga, y junto al río, se asentaba el destacamento de caballería de la Compañía al mando del Capitán D. Francisco de Urquirizar.

El Capitán Urquirizar, oriundo de la cercana población de Bériz, era un hombre rudo y temperamental. Dotado de una enorme capacidad de mando era admirado por su astucia en los escauceos militares y por su gran poder de adaptabilidad y agilidad en la improvisación. Su carácter enérgico le hacía temido y respetado, y jamás, ni en los momentos más críticos, dejaba de dar la cara al enemigo. Su caballo, un corcel negro de raza árabe, estaba especialmente domado para mirar solo al frente. Así pues, ambos, animal y dueño desconocían el movimiento de retroceso.

Urquirizar, férreo y valiente, era todo un ejemplo de profesionalidad y, en batalla, una garantía total. Todo el mundo confiaba ciegamente en la efectividad de su destacamento de caballería y sus hombres, en la seguridad de que su capitán jamás les abandonaría, ni en situaciones críticas, en manos del enemigo, respondían con esa seguridad y confianza de verse en todo momento protegidos y arropados por la sombra de su bravo Capitán.

La preparación del enfrentamiento estaba siendo escrupulosa y pocos flecos quedaban ya para aguardar, con cierta garantía, el importante momento del choque. Mientras tanto se fueron reuniendo en la Benta de Sallabente los principales mandos de la Compañía de Ermua para acercar posturas y decretar órdenes precisas y coherentes.

Aprovechando el buen momento estacional de recogida de manzanas (fruto principal de la zona), la sidra, ácida y dulzona, les acompañó durante unas horas. A media tarde, y bajo un sol de justicia, levantaron la sesión no sin antes dedicarse mutuamente frases de optimismo y ánimo. Pedro de Basavilbaso, el secretario y escribano, preparó seis idénticos folios en los que se dictaban las principales directrices a seguir así como algunas normas básicas para actuar con cierto orden y homogeneidad durante la inminente contienda, y los repartió entre los allí presentes. Antes de partir hacia su solar de Ermua, Valdespina departió unos minutos, a solas, con Larrinaga. En la conversación se habló sobre el número de efectivos de cada bando. El Marqués comentó que, desde el alto de Kareaga, había calculado en dos mil el número de soldados de las fuerzas francesas asentadas en S. Andrés de Eibar. El cálculo, aunque realizado a “grosso modo” coincidía con los apuntes de Maquibar y de los dos vigías, por lo que se daba por hecho que duplicaban al contingente de soldados vizcaínos. Además, a través del Alférez Gallastegui responsable de las posiciones de vanguardia, fueron informados de que el ejército francés, en Guipúzcoa, estaba al mando del general Henry Fregiville y que disponían de varias columnas una de ellas dirigida por el general Caillet.

Dos de las brigadas de Caillet estaban comandadas por el general Gravier y Caucassanne y eran las que avanzaban, sin apenas obstáculo, por la cuenca del río Deva. Al frente del destacamento francés que ocupaba la Villa de S. Andrés de Eibar estaba Gravier. El General acuñaba el eje Deva-Azkoitia-Elgoibar, dominando el terreno a través del alto de Madarixa. Cuando Valdespina oyó el nombre de “Caucassanne“ no pudo por menos de sentir un escalofrío de rechazo que recorrió todo su cuerpo. El Marqués conocía sobradamente el carácter pérfido y sanguinario del general francés que había sido el que, sin escrúpulo alguno y haciendo caso omiso a los acuerdos y tratados de guerra, mando fusilar a veinticinco soldados de la Compañía de Valdespina que, heridos e indefensos, habían quedado imposibilitados en un caserón de Andoain en la retirada de sus fuerzas hacia Tolosa cuando un mes antes el Marqués defendía como voluntario la primera incursión francesa en tierras guipuzcoanas a través de Irún. La herida de su brazo, de tan fatales consecuencias, también había sido recibida por uno de los soldados granaderos de Caucassanne. En aquella cruel matanza, que Valdespina en su fuero interno y en contra de sus creencias juró vengarla, murió también su amigo el alférez Alejandro de Larreategui, vecino de Eibar y compañero de estudios del Marqués en su carrera literaria en el Seminario de Nobles de Bergara. El Marqués, un tanto malhumorado, montó sobre Gaytan y en compañía de su fiel Martín se encaminó en dirección a la Villa no sin antes dejar bien claro que, en caso de ataque enemigo, se hiciera sonar las albocas en los puntos acordados como señal de aviso. De esa manera los civiles que quedaran dentro del recinto amurallado de la Villa tendrían tiempo de retirarse de manera ordenada. Hay que hacer constar que las tales murallas no eran como los enormes paredones que cercaban los antiguos castillos y ciudades medievales sino más bien unos muros de no más de dos metros de alto que más que para función defensiva servían para obligar a los mercaderes y viajeros a penetrar en la Villa por los portales de entrada de manera que hubiera un control de paso de gentes y mercancías para el buen funcionamiento social de la próspera Villa ferrera. Así pues, mejor que población amurallada podía denominarse murada ó cercada. Dicha cerca cubría en su extensión más de dos hectáreas de recinto urbano y abarcaba las tres arterias principales

del pueblo: Barrenkale ó Yusera, Artekale ó Calle del medio y Goienkale ó Suso. Disponían, además, de tres portones de entrada o salida. Uno de ellos estaba situado en la parte sur a la altura de Torretaburu, otro en la parte norte por donde continuaba el camino real en dirección a Markina y una tercera, cercana a la ermita de S. Antonio, por la cual se accedía en línea recta hasta la Iglesia parroquial de Santiago Apóstol. Este último portalón se abría excepcionalmente para los ritos religiosos, misas y ceremonias fúnebres; por lo demás solía permanecer cerrado. En estos días prebélicos dicha puerta se encontraba abierta día y noche y en aquella ocasión Valdespina y Martín la atravesaron subidos a sus monturas. Serían poco más de las cinco de la tarde y el sol se encaminaba lentamente en dirección a la anteiglesia de Mallabia.

Cuando llegaron a las caballerizas el Marqués comunicó al mayordomo el deseo de darse un baño.

En la parte trasera del palacio, en uno de los recodos del río que cruzaba la finca, se formaba una pequeña balsa sombreada por las ramas de un aliso y de un sauce llorón del que algunas de sus hojas acariciaban la superficie de las limpias y transparentes aguas del río Ego. El Marqués se desnudó y gozó de unos minutos de esparcimiento. A pesar de la época estival las aguas bajaban frescas y estimularon sus músculos y su cerebro. Cuando Valdespina se disponía a secar su cuerpo se aproximó Martín para darle una noticia,

-D. José M^a- inquirió el mayordomo con una amplia sonrisa -¿Sabe quien a llegado a Ermua?

Valdespina dirigió una mirada a Martín, una mirada entre inquietante y ansiosa, y sin apartar los ojos de su mayordomo exclamó:

-¿Se trata de un hombre ó de una mujer?

Martín arrugó sus ojos y se encogió de hombros.

-¿No será... Jesús?- interrogó el Marqués.

Martín moviendo afirmativamente la cabeza contestó:

-Si, ha venido Jesús, Jesús de Larrea, y le espera en el Ostatu.

Poco tardó el Marqués en estar preparado y salir apresuradamente a Ostatukoa. El establecimiento, venta y posada, lo regentaba Rufino de Mallagaray que atendía, de la mejor manera posible, las más urgentes necesidades en esos días de incertidumbre.

Jesús de Larrea y Valdespina se fundieron en un abrazo. Larrea, que había sido informado con anterioridad de la desgracia física del Marqués, no hizo siquiera mención del asunto y fue sorprendido gratamente de que Valdespina presentara un buen aspecto físico y mostrara una entereza digna de su carácter valiente e indomable. Los dos amigos acordaron cenar juntos y el dueño del Ostatu, Mallagaray se dispuso a preparar la cena. Truchas de Ibur erreka y Tripotxas de cordero se mezclaron con vino navarro de Campanas y se culminó con unas deliciosas manzanas asadas con miel. Después de la cena, un tanto especial, dadas las circunstancias, los dos amigos se enfrascaron en una amena conversación frente a unas tazas de café negro. Hacía diez meses que no se veían.

-Cuando fui nombrado secretario de la Diputación del Señorío de Vizcaya y escribano real por decreto regio tuve que trasladarme a Panamá para cerrar unos acuerdos comerciales entre el Señorío y el estado centroamericano a través de los puertos de Panamá y de Abando. En dichos acuerdos se establecía un intercambio de productos muy favorable para ambas partes; el Señorío enviaba mineral de hierro, armas y proyectiles, y a cambio recibía por barco cargamentos de café, cacao, aceite de palma, aceite de cacahuete y licor de ron.

-No has sido el primero de Ermua en realizar ese tipo de trasacciones-comentó Valdespina -hace ya doscientos años el Señor de Lobiano ya mercadeaba de una

manera parecida. Transportaba hierro en bruto desde el puerto de Bilbao hasta Sevilla, compraba sal a cambio y la enviaba en barcos a Terranova para salar bacalao que luego remitía hasta los puertos de Pasajes y Bilbao. ¿Qué te parece, Jesús?

-De los nativos de Ermua se puede esperar cualquier cosa pero he de decirte que tu comentario no me coge de sorpresa; para tu información te diré que soy descendiente directo del Señor Lobiano cuya esposa D^a Ignacia de Larrea, Cónsul de España en Lisboa y primer ascendiente de los Larrea en esta Villa. Como bien señala el dicho: "De casta le viene al galgo". ¡Asombrado, Sr. Marqués? ¿O acaso creías que solo por tus venas corre sangre noble?

El Marqués sin inmutarse, se limitó a asentir con la cabeza y a comentar:

-Bien sabes, amigo Jesús, que mi aprecio por ti va más allá de los delirios de grandeza y si en el caso, que no lo es, de que pudiera atisbar un simple asomo de cortedad en tu bien armado cerebro, aún en ese caso repito, creo sinceramente que seguiría siendo tu amigo. Eres un hombre con suerte- continuo Valdespina en tono sarcástico y petulante -porque siempre tendrás la oportunidad de vanagloriarte de tu amistad con un Marqués, y en mi caso por partida doble, sea por la saga de los Orbe como por los Elio por parte materna⁵⁴ como sabrás descendiendo del Marquesado de Besolla de la ilustre ciudad de Pamplona.

Mallagaray, el dueño del Ostatu, atento a la conversación entre Larrea y Valdespina, intervino en tono socarrón:

-No discutan vuestras mercedes, que inteligencia y nobleza no siempre van del brazo. Existen muchos casos en la historia que así lo demuestran. Deduciendo del diálogo que me he visto obligado a escuchar prefiero tomar partido de la sabiduría del pueblo llano ya que en el aire se respira un tufillo de altivez que comienza a sobrepasar el sentido común y el raciocinio.

Por cierto, quizás Uds. Desconozcan que el apellido Mallagaray sea posiblemente el más antiguo que corresponde a nuestra Villa. Les informo que allá por el año 1212 un antepasado mío, Timoteo de Malla-Garay fue asesor y secretario personal de D. Diego López de Haro (XII Señor de Vizcaya) y protector de su hijo D. Lope Díaz de Haro (XIII Señor de Vizcaya). Los tres personajes participaron en la batalla de las Navas de Tolosa y cuando posteriormente D. Lope Díaz de Haro fundó la Villa de Ermua quiso que en el escudo de Armas de la Villa quedaran grabadas para siempre las estrellas, las cadenas y la media luna, como recuerdo simbólico de aquella gran victoria contra los Sarracenos. Timoteo de Malla-Garay fue nombrado beneficiado vitalicio y condecorado con la medalla de Alfonso X el Sabio que le fue entregada por el Señor de Vizcaya, en ceremonia solemne, en el salón de la antigua casa consistorial de la Villa.

-Por todo ello quizás yo también- prosiguió el posadero -como heredero de aquel ilustre personaje, podría tener acceso a ese círculo tan privilegiado al que vosotros pertenecéis.

Rufino de Mallagaray, ante la mirada llena de asombro y perplejidad de sus contertulios, guardó silencio, silencio que fue interrumpido por Jesús de Larrea.

-Nos has dado una buena lección, amigo Rufino. El pavoneo no es virtud de sabios sino de estúpidos.

-Mi querido Mallagaray- interrumpió el Marqués -reconozco que no sólo eres buen cocinero, sino también persona ilustrada y llena de psicología. Nadie debe sentirse el ombligo del mundo por la simple ostentación de un título sea de Marqués ó de Escribano Real. Tu comentario nos ha obligado a bajar del pedestal y poner los pies en el suelo. Agradezco tu sagaz intervención y admito esta merecida cura de humildad.

Alzando su taza de café, el Marqués brindó con sus dos compañeros de mesa al tiempo que exclamaba:

-¡Por nosotros, por el Rey y por la muy noble y leal Villa de Ermua!

La tertulia continuó hasta pasadas las diez de la noche y al despedirse acordaron dar una vuelta por el monte a la mañana temprano. Larrea estaba deseando adentrarse en el bosque para disfrutar de la naturaleza y de su querido paisaje que tanto había añorado. Además podría llevar a cabo un de sus aficiones preferidas que compartía con el Marqués, la recogida de setas. Tanto él como Valdespina eran verdaderos expertos en la materia y el Marqués, en su biblioteca, disponía de abundante bibliografía a la que ambos habían recurrido frecuentemente.

Entre sus principales tomos de consulta estaba el Dioscórides de Andrés de Laguna, insigne doctor y naturalista versado en el tema, segoviano de nacimiento y médico personal del Papa Julio III. Su Dioscórides había sido editado en el año 1570 en la Universidad de Salamanca. También hacían uso de los seis tomos de Joseph Quer sobre “Flora española” y de la enciclopedia de Linnex “Quería hispánica”

27 – AGOSTO – 1794

Tal como habían acordado, a la mañana siguiente, sin despertar el sol, ambos amigos, acompañados del fiel Martín que por nada del mundo quería perderse el evento, montados en sus caballos pusieron rumbo al extenso hayedo del monte Urko. Como mandaban los cánones, cesta de mimbre, cayada y cuchillo eran utensilios principales para su labor micológica. Entre robles, hayas y pinos negros, los tres jóvenes pasaron momentos divertidos y agradables tanto recogiendo setas como disfrutando de la frondosa flora del entorno. En el encinar de Artarrai tuvieron ocasión de observar a una enorme hembra de jabalí con sus cinco jabatos que, ante su presencia, escaparon atropelladamente y a galope en dirección a Anuntzarte. El trío recorrió los alrededores de Eltzorroz, Sakonaldea y Barrutia y finalmente, antes de tomar definitivamente el camino de vuelta a Ermua, hicieron un alto junto al pequeño pórtico de piedra de la ermita de S. Martín de Ultzama. Ninguno de los tres era excesivamente devoto pero sí eran creyentes por lo que consideraron oportuno rogar a S. Martín por el futuro de Ermua y sus moradores.

No faltó una plegaria solicitando que el enfrentamiento con los franceses les fuera favorable. Al terminar la rogativa, Larrea comunicó a Valdespina su deseo de participar en la batalla.

-De poco te servirá la inteligencia- espetó el Marqués con voz cortante y lanzándole una mirada furibunda *-si desconoces por completo el manejo de las armas. Si realmente quieres participar ya te encomendaré una misión más adecuada a tus aptitudes pero ya hablaremos de ello más tarde.*

En ese momento un escarabajo volador, negro brillante, se posó junto al hocico de “Gorri”, el caballo de Martín, que al instante comenzó a relinchar y cocear furiosamente de tal manera que hizo caer de su grupa al mayordomo sobre helechos y zarzas que por allí crecían. Al comprobar que no había lesión alguna rieron al unísono acompañando algunas frases divertidas a la cómica escena. El momento, a decir verdad, no era para muchas bromas pero, aunque ninguno de ellos dejaba de lado la gravedad de la situación, debido a su juventud y al espíritu optimista que desbordaba por sus cuerpos, podían permitirse frivolar ante la crítica situación bélica.

Al rato pusieron a revisar sus canastos y contabilizaron “a ojo de buen cubero” cuatro docenas de **gibelurdiñas** (*Russula virescens*), otra tanta cantidad de **urretxas** (*Russula cyanoxantha*), siete **hongos negros** (*Boletus aereus*) y como colofón nueve extraordinarios ejemplares de **kul'etos** (*Amanita caesarea*) varios de los cuales estaban en su fase de crecimiento en forma de huevo.

-¿Que os parece si hoy, con la excusa de mi llegada comemos los tres juntos?— insinuó Larrea —Yo me encargaré del cocinamiento.

Martín, sabedor de sus buenas dotes culinarias, asintió afirmativamente.

-No es mala idea— comentó Valdespina —Pero antes debo acercarme hasta Sallabente para realizar unas comprobaciones y ponerme al tanto de la situación. Nos reuniremos a mediodía en la cocina del Palacio. Admito que estamos en tiempo de espera y podemos hacer una excepción por lo demás debo dedicarme en cuerpo y alma a mi labor. Huelga decir que la situación es extrema y es necesario poner toda la carne en el asador para solventar de manera airosa éste difícil momento.

Debemos tener bien presente que somos la vanguardia del Señorío de Vizcaya y nuestra actuación y resultado podría ser fiel reflejo del futuro que se nos avecina. Tenemos que confiar ciegamente en nosotros mismos. Aunque nuestros hombres no están preparados como los profesionales franceses a cambio disponemos de un grado de motivación a todas luces superior ya que se trata de defender a toda costa a nuestras familias y vecinos, a nuestras tierras, a nuestro pueblo y a nuestro Señorío. A todo ello debemos añadir la salvaguarda de nuestros privilegios y libertades. ¿Qué mejor ideal? ¿Existen, acaso, otros motivos en nuestra vida para inducirnos al sacrificio que los anteriormente citados? Así pues, y con la ayuda de Dios, trataremos de defendernos con la mejor voluntad y entrega.

A las palabras del Marqués siguió un profundo silencio envuelto de comprensión y asentamiento que fue nuevamente quebrado por Valdespina.

-Por cierto, ahora que estamos en las inmediaciones de Kareaga voy a acercarme por la fuente de Aldapa hasta el puesto de vigilancia. Si no surgen inconvenientes nos reuniremos a mediodía.

Cuando Valdespina, montado sobre Gaytan, llegó a Kariagain el alférez Juan de Gallastegui se encontraba en el puesto conversando con Luis de Madariaga, el maestro armero. El otro vigilante, Juan de Bustinza estaba dormido sobre una cama de helechos dentro de una pequeña trinchera habilitada al efecto; había estado controlando el puesto durante la noche y le tocaba el turno de reposo. Efectuados los saludos de rigor el Marqués fue informado de la situación del momento en cuestión que prácticamente no variaba desde el último parte. No obstante se había efectuado una estrecha vigilancia a los efectivos franceses que, desparramados por los alrededores de la Iglesia de S. Andrés, realizaban por grupos, diversas maniobras militares tanto en la zona de Ipurua como en la plaza central. Todo ello tenía un significado importante: el día del enfrentamiento estaba cercano pero no inmediato por la forma un tanto relajada de conducir sus actividades. Valdespina desde el punto de observación de Motaoste fue clarificando sus ideas.

Se podía afirmar que el enemigo no iba a apostar en ningún momento por tratar de incurrir con sus tropas o con parte de ellas, por el área del viejo caserío de Elorreta ya que ello supondría ascender hasta una cota de casi quinientos metros de altitud atravesando el empinado paraje de Lindaria por el barrio de Amaña. Definitivamente ésta opción estaba descartada. Así que con toda seguridad el grueso de efectivos franceses llegaría desde S. Andrés de Eibar por el límite de Olarreaga. Valdespina, después de depositar sobre el césped unas cuantas manzanas recogidas poco antes en el manzanal de Ultzama, se sentó sobre el mojón de piedra que delimitaba el territorio

guipuzcoano con el Señorío de Vizcaya. Con su mirada fija en la cumbre de Mota situada al otro lado de la vaguada justo encima de la ermita de S. Lorenzo, Valdespina se quedó inmóvil y pensativo. Su cabeza giraba en torno a la situación del momento:

“Yo estuve luchando- meditaba el Marqués –en el frente de Irún no hace mucho tiempo y después de la derrota en la batalla de S. Marcial, la Diputación de Guipúzcoa no tardó en capitular y rendirse ante el acoso de las tropas de la convención francesa. Los galos han llegado ya hasta Eibar sin apenas oposición y la Villa de S. Andrés ha sido ocupada sin obstáculo alguno. Antes defendí un suelo amigo y ahora mi propio territorio. Los gobernantes del Señorío han optado, de inicio, por hacerles frente. Pisando mi tierra y la tierra de mi pueblo –continuó meditando el Marqués –estoy nuevamente intentando obstaculizar el paso de las tropas franceses. Estamos en minoría y posiblemente nos doblen en efectivos... pero... ¡Eso que importa cuando se trata de salvaguardar nuestra dignidad...!”

El Marqués presentía una cruenta batalla pero no admitía la rendición bajo ningún concepto. Antes tendrían que capturarlo o herirle de gravedad o acabar con su vida. Valdespina entornó los ojos y asumió su destino.

Desde el lugar donde estaba situado, con solo girar su cabeza a la izquierda, veía con nítida claridad la población de S. Andrés de Eibar y podía distinguir los uniformes de los franceses que él había tenido ya ocasión de verlos muy de cerca. Eran de color rojo y negro, fastuosos, elegantes, un tanto pomposos, coronados por altos gorros con adornos que se sujetaban a la barbilla con unas cinchas. Y luego estaban sus botas, de caña larga, negras, de goma y cuero amarradas con embreados cordones y cubiertas con polainas. Cartucheras, guantes blancos,...

El Marqués viró la cabeza hacia su derecha y observó la ermita de S. Lorenzo, allá abajo, y contempló sus alrededores y a los hombres que se desplazaban de un lado a otro, vestidos modestamente con vetustos pantalones de tela de color gris y enfundados en camisas verde oscuro con abertura enlazada hasta el pecho. Excepto los escasos oficiales y mandos, el resto cubrían sus cabezas con boina negra de felpa aunque, debido al calor reinante, la mayoría no la llevaba puesta. El calzado, humilde y variopinto. Algunos llevaban alpargatas otros gruesos zapatones y el resto abarcas de goma como las que utilizaban los baserritarras. Viendo la carencia de recursos de sus paisanos, el Marqués se sintió un tanto incómodo; él podía vestirse de muchas maneras porque disponía de todo tipo de vestimentas; era un privilegiado y por ello, al tiempo que le invadía una extraña sensación de culpabilidad, sentíase abrumado por la responsabilidad. Él, José M^a de Orbe y Elio, III Marqués de Valdespina, era el noble más prestigioso del Señorío y por ende debía situarse en coraje, valor y entrega, a la altura de su abolengo. Nuevamente Valdespina giró su cabeza ésta vez un poco más hacia su derecha con la vana esperanza de observar a su querido pueblo con las destacadas torres de su palacio y de la iglesia, pero el pico de San Martinburu y las lomas de Abeletxe se lo impedían. Solo podía observar, en la lejanía, la ermita de S. Pedro sobre la loma del mismo nombre perteneciente a la vecina anteiglesia de Mallabia. Elevando su tronco y después de respirar profundamente el joven Marqués se puso en pie para despedirse de Gallastegui y Madariaga. Luego, montado en Gaytan, se alejó en dirección a Arestiburu donde estaban apostados los dos primeros vigías. En realidad éste sencillo puesto de observación no tenía más finalidad que la de poder dar la voz de alarma en el instante de que los primeros atacantes galos hicieran su aparición por la curva de Olarreaga justo en el límite de fronteras de los dos territorios. Así pues su misión principal era la de no quitar ojo de encima a ese punto, en aras también de mantener la precaución debida en caso de que los franceses decidieran realizar una incursión con el objeto de espiar tanto la situación como los movimientos de la columna

de Ermua. Después de supervisar personalmente el puesto de Arestiburu y de hacer entrega a los vigilantes de una ración de tabaco, Valdespina bajó en dirección a la ermita. Poco antes de cruzar el río se encontró con el Teniente Maquibar que le comunicó que el capellán de los Tercios de la Merindad de Durango, D. Manuel de Iturriaga, había organizado, en compañía del párroco D. Manuel de Rivas, un ardid defensivo en el desfiladero de Olarreaga y que, y a la vista de ello, el Comandante Larrinaga, había optado por incluir al capellán en el grupo de vanguardia, decisión que a Valdespina le pareció muy acertada. Para antes de la marcha de dicho pelotón hacia el bosque colindante con el río Ibur, acordaron celebrar una misa en la explanada de la ermita a las seis de aquella misma tarde.

Valdespina, después de departir unos minutos con Maquibar, se dirigió a la Venta donde el Cdte. Larrinaga había dispuesto de un improvisado despacho y ambos conversaron durante un buen rato consultando sobre un mapa de la zona donde estaban ya señalados los puntos de avanzadilla, puestos de vigilancia, situación del grueso de las tropas defensivas con la artillería, caballería, fusileros, cañones, soldados de refuerzo, avituallamiento, abastecimiento, puntos de apoyo, movimientos tácticos, estrategia a seguir, lugares de defensa alternativa, pasillos de retirada y, en definitiva, repasaron todas las posibilidades del inminente enfrentamiento. Los soldados de la línea de Ermua, defensores del Señorío, aunque sin grandes recursos y evidentemente inferiores en número, estaban dispuestos para la lucha y con una moral muy alta debida en gran parte a su espíritu indomable y a su casta. Por otro lado, y paradójicamente, también se debía al desconocimiento real del enemigo del que habían oído hablar pero, exceptuando incursiones y enfrentamientos aislados, no eran conscientes de su poderío militar más aún sabiendo que su avance y dominio territorial, hasta el momento, habían sido debidos a sucesivas capitulaciones por parte de las instituciones guipuzcoanas.

Pero ahora no; ellos eran vizcaínos y como tales tenían el deber de defender su territorio y sus derechos y privilegios obtenidos siglos atrás. Dichas concesiones fueron dadas por los reyes de Castilla y confirmadas bajo el simbólico árbol de Guernica por todos sus sucesores hasta el entonces Rey vigente Carlos IV.

Finalizado el encuentro con el Cdte. Larrinaga, Valdespina, a la grupa de su caballo Gaytan, enfiló hacia su solar de Ermua a través del camino real. Martín y Larrea le esperaban. Después de refrescarse se reunió con sus amigos y disfrutó de su compañía. Departieron amigablemente frente a una jarra de vino, una fuente de suculentas setas y una cazuela de sarbo-eskallus pescados con una pequeña red por Jesús de Larrea en un recodo del río junto al caserón de Otxua. Un puchero de café negro les mantuvo en tertulia durante un par de horas. Hacia las cuatro de la tarde el Marqués se despidió de su amigo Jesús y se retiró a la biblioteca del Palacio. Recostado en uno de los sillones de la estancia Valdespina observó de nuevo a sus antepasados y su mirada se dirigió esta vez a dos personajes muy queridos para él: sus padres, José Joaquín y M^a Ignacia, el II Marqués de Valdespina y la única hija de los marqueses de Besolla de Pamplona. Ahora se encontraban en Murguía en el palacio de Astigarribia perteneciente al linaje de los Orbe. Su progenitor, aquejado de un fuerte ataque de reumatismo, se encontraba desde el mes de febrero convaleciente. Su madre, mujer culta y de carácter jovial y afectuoso, era poseedora de una energía y de un dinamismo impropios de una señora de su estirpe más dadas a la comodidad y al boato. Valdespina había heredado muchos de los rasgos de su madre que marcaron su fuerte personalidad muy definida por su honradez, caballerosidad, amistad, rectitud, lealtad y espíritu de trabajo. También, y es de ley decirlo, heredó un genio vivo y contumaz que le hacían inflexible en sus ideas, sugerencias y decisiones, vislumbrándose en su forma de ser la sangre del viejo reino de Navarra que corría por sus venas. Con toda esa amalgama de

atributos la personalidad de Valdespina se convertía en cautivadora. La impetuosidad y el arrojo del joven Marqués hacía pensar que su naturaleza era más propia de un revolucionario que de un hombre de estudios y de administración. Pero así era Valdespina, un joven brillante de impulso torrencial que cautivaba y al mismo tiempo con un influjo capaz de convencer al más escéptico.

Echando un vistazo general al aposento, Valdespina recordó que ya había dado orden a Martín de retirar de las estancias del palacio todos los objetos de valor artístico y sentimental en previsión de un hipotético avance francés hasta el centro de la Villa. Libros, platería, esculturas, cuadros y enseres varios que serían introducidos cuidadosamente en *baúles* y arcones guardados en las galerías de los sótanos del palacio a través de los accesos perfectamente camuflados y difíciles de ser descubiertos. Entre las piezas de más valor había algunas a las que Valdespina apreciaba sobre manera:

- El libro de Horas de la Reina María de Navarra, extraordinario códice realizado en hojas de pergamino e ilustrado con cuatrocientas miniaturas enriquecidas con oro y pintadas a mano por los hermanos Ferrer y Arman Bassa y el Maestro de Baltimore, por encargo del Rey Pedro el Ceremonioso para su mujer María de Navarra, Reina de la corona de Aragón. La encuadernación del libro estaba realizada con piel de armiño blanco y en los herrajes de cierre estaba grabado, por la técnica de damasquinado, el escudo de armas del Marquesado de Besolla. Este original, único y valiosísimo ejemplar, había sido el regalo de boda con que el Marqués de Besolla obsequio a su hija M^a Ignacia de Elio y Alduncin el día de sus nupcias con José Joaquín de Orbe y Murguía, II Marqués de Valdespina.

- Una escultura renacentista de alabastro del artista palentino Alonso Berruguete, de tamaño natural, que representaba a S. Juan Evangelista.

- Un cuadro en sentido horizontal pintado al óleo por el valenciano Juan de Juanes titulado “El monte de los Olivos”, herencia de su antepasado D. Agustín de Orbe, hermano del Cardenal, que fue catedrático de leyes en la universidad de Alcalá de Henares en el año 1738.

- Un lienzo del pintor sevillano Francisco Pacheco que había pertenecido con anterioridad al noble de Ermua Sr. de Loviano y que fue a parar al patrimonio de los Orbe después de una transacción comercial entre ambas familias. El cuadro “Tormenta en el puerto de Sanlúcar de Barrameda” ya se encontraba en Ermua desde mediados del siglo XVII.

Otra de las joyas artísticas de los Orbe era:

- Una pintura de Claudio Coello “María Magdalena” que antiguamente había estado ubicada en la casa Zarra, primitivo hogar de los Orbe y Larreategui, D. Antonio y D. M^a Ana, vértice inicial de la saga de los Orbe afincada en Ermua desde el año 1635.

Valdespina echó una última mirada a su estancia preferida antes de ser desarbolada y se dirigió al jardín para tratar de poner en orden el cúmulo de pensamientos que abarrotaban su cerebro.

Sentado en un pozo de piedra junto a un arce de Montpellier el joven Marqués dispuso de unos momentos de silencio y calma y logró, durante unos minutos, una relajación total de su cuerpo y de su mente. Ese periodo de tiempo fue para él como un bálsamo. Luego se levantó y comenzó a pasear por el parque con las ideas ya más claras y con nuevos arrestos. Estaba Valdespina observando a un mirlo negro revoloteando junto al río entre los arbustos de la ribera cuando en la campana de la iglesia sonaron las seis menos cuarto. Al instante se dio cuenta que a las seis debía presentarse en la explanada de la ermita de S. Lorenzo para asistir a la acordada misa de campaña

No tardó en prepararse y salir apresuradamente hacía el lugar señalado. Cuando el Marques hizo acto de presencia en el Barrio de Sallabente, la ceremonia religiosa estaba a punto de comenzar. Nadie faltó a la cita excepto los vigías y los cuidadores de caballos que fueron los primeros en recibir las bendiciones del capellán. D. Manuel de Iturriaga y del párroco D. Manuel de Rivas que oficiaban juntos la misa. Toda la compañía de Ermua era una piña y el acto fue seguido con gran devoción por todos los asistentes. Ya al finalizar se cantó la “Salve regina” y más tarde la emoción subió de tono con el himno a S. Ignacio coreado por mil voces graves que selló una ceremonia respetuosa y solemne. Finalmente se recogieron las pocas cosas existentes en el interior de la ermita tales como el crucifijo, los candelabros y la pequeña figura de S. Lorenzo y fueron trasladados por dos soldados de la caballería del Capitán Urquirizar hasta el vecino barrio de Eizaga donde quedaron a buen recaudo.

Ya poco más quedaba por hacer más que esperar el ataque enemigo. Antes de dirigirse a sus respectivos puestos se quedaron un rato comentando, en corrillos, sus vicisitudes, anécdotas y esperanzas. Luego todos se despidieron de los dos sacerdotes y del grupo de soldados elegidos para la misión concertada en el bosquecillo de Ibur y, poco a poco, se dirigieron a los lugares acordados militarmente. Valdespina después de conversar unos minutos con el Capitán Urquirizar y el Tte. Maquibar, se reunió con el alférez Juan de Gallastegui y el guardabosques Domingo de Soloeche para realizar una sucinta revisión a las posiciones de vanguardia. Después de comprobar que todo estaba según lo planeado y que aún no existían indicios para suponer un ataque inmediato, Valdespina, después de cambiar impresiones con el Cde. Larrinaga, invitó a su amigo Gallastegui a dar un paseo por la Villa de Ermua que, a estas alturas, se hallaba completamente desierta. Acompañados de Martín entraron a la Villa por el portalón de S. Antonio. El casco urbano estaba edificado, como era tradicional en aquella época, alrededor de tres arterias principales:

-La calle de arriba (Goienkale), la calle del medio (Artekale) y la calle de abajo (Barrenkale).

Ermua disponía además de dos núcleos importantes de población que eran el arrabal de Zubiaur y el arrabal de Iruleta, éste último en la calle Izelayeta, en las inmediaciones de la Ermita de S. Antonio. Después de hacer un alto en el camino para beber agua en la fuente de Irulietta, los tres continuaron a caballo subiendo por Ardinarruko Aldatza hasta alcanzar el palacio de Loviano edificio que, desde años atrás, se hallaba cerrado a cal y canto. A pesar de ello tuvieron ocasión de admirar las características exteriores del bello edificio renacentista ribeteado con decoraciones de estilo jónico y de contemplar la bellísima portada plateresca del singular palacio.

-Algún día y espero que no muy lejano- comentó el Marqués *-este palacio volverá a abrir sus puertas y a ser nuevamente habitado. Pocos edificios he tenido ocasión de ver en mi andadura que se pudieran igualar en atractivo y majestuosidad. Merece volver a ser utilizado.*

-En verdad que sí- dijo Gallastegui *-los espacios habitados ganan en cuidado y se optimizan.*

-Bien es cierto lo que decís- puntualizó Martín.

-Como podéis comprobar- continuó Valdespina *-los muros de la fachada principal están configurados con sillares bien trazados que armonizan a la perfección con la galería superior de arcos de medio punto. Y poco hay que discutir de la belleza de su entrada principal rematada con el atractivo escudo que lo adorna.*

Por cierto, la figura del oficial con la espada perteneciente al noble D. Francisco de Loviano. El Sr. De Loviano fue un hombre muy ilustrado y un gran mercader. Espero que algún día- prosiguió el Marqués *-tengamos ocasión de visitar su interior y*

comentar referencias sobre Loviano y su familia. He de añadir, y de ello se tiene documentación, que una de las hijas de D. Francisco, M^a de Loviano, se casó con Joan For de Livorna y tuvo una hija llamada Magdalena que fue apadrinada por el barón Domingo de Larrasor de nacionalidad francesa. Su visita a la Villa en el año 1585 fue muy celebrada por ser persona caritativa y de gran humanidad. Su figura siempre será recordada por el importante donativo que realizó para que años más tarde pudiera empezar a construirse nuestro querido Hospital que tanto beneficia a los moradores de toda esta comarca. Habréis tenido ocasión de observar un busto de piedra en el vestíbulo del Hospital; es una efigie del barón de Larrasor. ¡Qué contradictoria es la vida! Hace más de doscientos años un francés ayudó desinteresadamente a este pueblo y hoy nos encontramos hostigados al máximo por un ejercito de franceses.

Un rictus de extrañeza y preocupación asomó a la cara de los tres presentes.

-Dejemos que transcurra la historia y continuemos con nuestro recorrido- finalizó el Marqués.

A la grupa de sus corceles continuaron su paseo urbano. Esta vez la parada en la fuente de Karabixa era casi obligatoria al disponer de un asca donde los caballos pudieron saciar su sed. Poco más tarde los tres compañeros bajaban por el arrabal de Zubiaur en dirección a Cardenal Orbe, denominación de la plaza principal en recuerdo de aquel antecesor del Marqués que llegó a ser Arzobispo de Valencia, Nuncio Apostólico e Inquisidor general de todos los reinos de España en tiempos de los Reyes Carlos II y Felipe V. Su influencia y poder, en aquella época, fueron enormes pero aún así jamás se olvidó de su cuna y mandó construir con su propio pecunio – el Palacio de Valdespina y reedificó la iglesia de Santiago construyendo un nuevo retablo de estilo barroco-churrigueresco y dotó además, a la parroquia de un extraordinario y artístico órgano sin parangón alguno por aquellos lares. También ordenó la elevación de la torre y la realización de la cúpula del Palacio. A la muerte del Cardenal sus restos fueron trasladados desde Madrid a Ermua y sepultados en el interior de la parroquia de Santiago. Sobre la lápida de su sepulcro existe una estatua del Cardenal Orbe realizada en alabastro y en posición orante. Cuando Valdespina y sus acompañantes llegaron a la plaza principal, a la que accedieron después de atravesar bajo un precioso arco de piedra sobre el puente bajo el que discurría el río Zabaleta, descabalgaron, ataron sus caballos junto a un tilo y se sentaron sobre el poyo del puente. La plaza vacía y las calles silenciosas hacían sentirles extraños y cuando conversaban, sin ellos percibirlo, mantenían bajo el tono de sus voces. Las casas con sus ventanas cerradas y sus chimeneas sin humo, incrementaban la soledad de una Ermua desierta, obligada por las circunstancias. Se hacía difícil ver que un pueblo, siempre bullicioso, se encontrara sin gente. Todos sus habitantes lo habían abandonado con la esperanza de que esa dura decisión fuera solo temporal. El registro de la Villa lo conformaban más de quinientas personas de las cuales noventa y seis se hallaban engrosando las filas de la Compañía de Ermua. Un grupo numeroso se sabía a buen recaudo en el barrio de Berano de Mallabia y el resto, en su mayoría mujeres jóvenes, ayudaban en lo posible desde lugares periféricos en labores de infraestructura especialmente en el transporte de avituallamientos y elaboración de pan que, mediante carros y mulas, abastecían, desde Eizaga, Urtia y Ongaray, a la compañía de Ermua.

En la conversación que seguían manteniendo sobre el puente los tres amigos iban recordando los días solemnes en los que la plaza se vestía de gala y se llenaba de gente. Especialmente en dos señaladas fechas la Villa de Ermua se convertía en un hervidero de multitudes venidas desde muchos pueblos de la comarca e incluso de lugares más lejanos como la Villa pesquera de Ondárroa, Zornotza y Bergara.

Comerciantes, vendedores, compradores, txistularis y tamborileros, agricultores, niños, mercaderes, aldeanos, hidalgos y marchantes componían un gentío variopinto y bullicioso. El movimiento era tal que el Ayuntamiento habilitaba para la ocasión un antiguo almacén situado junto a la cerca, en el paraje de Sakona, para que los visitantes forasteros pudieran guardar sus bultos y mercancías. Dos encargados quedaban al cuidado y control de las pertenencias. Esos días de ajetreo y mercado eran los días de S. Ignacio y el domingo posterior. Otro de los días señalados era el día de Santiago, patrón de la Villa, pero esa fecha era mayormente dedicada a la familia y a los actos religiosos. El día de S. Ignacio treinta y uno de Julio, había sido nombrado Día de Feria mayor por la Diputación Foral del Señorío de Vizcaya para la Villa de Ermua en el año 1752 siendo así la primera en obtenerlo en éste territorio.

Ahora, debido a la invasión francesa, se hallaban suspendidos los festejos y las ferias y estos recuerdos afectaban a sus sentimientos. Parecía que el ánimo de los compañeros comenzaba a decaer cuando el Marqués, haciendo aflorar su inquieto y animoso carácter, propuso pescar unos cangrejos que en las últimas horas de la tarde ya asomaban entre las piedras de las escasas aguas del río Zabaleta. En poco más de media hora ya habían dispuesto de crustáceos suficientes para llenar una cazuela y avivar las paredes de sus vacíos estómagos. Minutos más tarde los tres se hallaban ya en la cocina del palacio preparando el condumio. Frente a una jarra de vino navarro y una hogaza de pan seco, muy apropiada para el unte de la salsa, dieron buena cuenta, de la exquisita fuente de cangrejos. Había ya oscurecido. Aquella sería la última noche que Valdespina y Martín pasarían en Palacio ya que se precisaba cerrar puertas y ventanas y atrancar el edificio por el interior para salir posteriormente para afuera a través de los sótanos y la lavandería. Después de ayudar a Martín a transportar la escultura de Berruguete a las galerías inferiores, el Alférez Gallastegui tomó rumbo a Sallabente. La noche era calurosa, excesivamente calurosa y agobiante y el viento sur comenzaba a soplar con fuerza lo que hacía pensar que se acercaba una tormenta estival. La tormenta no beneficiaría en nada a la Compañía de Ermua desperdigada por los alrededores de la ermita de S. Lorenzo pero de seguro que perjudicaría notablemente al ejército francés que se veía sorprendido y con probabilidad confuso y desorientado ante el aguacero que se avecinaba. De inmediato Valdespina se acordó del destacamento de caballería ubicado en el bosque de castaños cercano al barrio de Eizaga y sin más preámbulos montó a Gaytan y salió a galope en dirección a S. Lorenzo rehusando cortésmente la compañía de su fiel Martín. Antes de alcanzar la ermita dobló a mano derecha y pasando bajo el caserío de Espilla se dirigió hacia el barrio de Eizaga. A un escaso centenar de metros del núcleo perteneciente a la anteiglesia de Zaldúa cruzó el río y preguntó por el Capitán Urquirizar. Cuando se encontraron frente a frente, la expresión del Capitán, un tanto crispada, se tornó más serena. Ambos habían coincidido en su preocupación por los caballos. Rápidamente Urquirizar ordenó a sus jefes de escuadrón que fueran agrupando a los corceles y los acercaran, de dos en dos, hasta los límites de Eizaga donde él y el Marqués les darían instrucciones.

Mientras tanto ellos se adelantarían para localizar un alojamiento adecuado para los caballos en previsión de la tormenta que estaba al caer.

La casa-torre de Eitzagagoikoa serviría de cobijo perfecto a los animales. La planta baja del edificio disponía de una gran nave que en invierno servía de granero y de almacén para guardar forraje. En poco más de media hora los caballos estaban ya a resguardo.

Instantes después comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia y de inmediato se desencadenó una gran tormenta de agua acompañada de aparato eléctrico. Los relámpagos iluminaban el entorno y los truenos resonaban con estrépito por los

desfiladeros y los montes cercanos. Cuando Valdespina llegó de regreso a Ermua estaba completamente empapado. Martín le ayudó a desvestirse y luego acercó a Gaytan hasta las caballerizas donde le cepilló y le cubrió con una manta. En los solitarios establos sólo se encontraba “Gorri” la vieja yegua que él montaba.

Momentos después cerró la puerta y volvió a la habitación del Marqués al que encontró semidesnudo, tan sólo cubierto por unos largos calzones de color gris. Martín observó el hombro derecho del Marqués y comprobó que la herida estaba ya casi cicatrizada. Con delicadeza cubrió el daño con una pomada preparada al efecto y sobre la cicatriz aplicó un ligero vendaje.

-Debemos estar listos para el amanecer ya que conviene informarnos con detalle de los efectos de la tormenta, revisar de nuevo todos los puestos y normalizar la situación- comunicó el Marqués.

-De acuerdo D. José M^a- contestó Martín –Si le parece bien prepararé un café cuando despunte el alba. Ahora llevaré su pechera de cuero para que se seque bien junto a la chimenea. Le deseo un buen descanso.

La tormenta duró hasta bien pasada la medianoche y poco faltó para que hiciera desbordar los ríos Mallabia y Zabaleta a su paso por Ermua. El río Ego, en su trayecto desde Sallabente a Eibar, aumentó su nivel en más de dos metros pero al disponer de un cauce más profundo no creó peligro de desbordamiento. La Compañía de Ermua salió bien parada del fuerte aguacero protegiéndose el personal en la Venta y sus alrededores así como en el interior de la ermita de S. Lorenzo y en las oquedades de la cercana cantera de Albizuri.

Peor parados salieron los franceses, especialmente los del regimiento de Húsares que tuvieron que reunir durante la noche a más de veinte caballos que habían huido despavoridos en medio de la tormenta. A pesar de la intensa búsqueda perdieron a siete de ellos.

28 - AGOSTO – 1794

El joven Marqués no podía conciliar el sueño. Entre la intuición y la lógica le asaltaba el presentimiento de que en pocas horas las tropas del general Gravier iban a presentar batalla. A eso de las cuatro de la mañana encendió una de las velas del candelabro y después de vestirse con su ropa militar se acercó hasta el establo. Al poco rato hizo su aparición Martín que, habiendo sentido los pasos del Marqués, acudió a su presencia.

-Adelantaremos en un par de horas nuestra cita de ayer noche- Comentó Valdespina.

-De acuerdo Sr. Marqués- contestó Martín *–Si no dispone de otra cosa mientras termina de arreglarse iré cociendo unos huevos y preparando café.*

-Conforme Martín. Pero como ya estoy dispuesto mejor ve ensillando los caballos que yo me encargaré del refrigerio- respondió Valdespina.

Antes de las cinco de la mañana el Marqués y su ayudante ya estaban en el barrio de Sallabente donde se encontraron con el Teniente Maquibar junto al puesto de guardia de Esparru, a escasos metros de la ermita. Diez minutos más tarde un largo y profundo sonido de alboca hacía ponerse en pie a los soldados vizcaínos que, poco a poco, iban estableciéndose en sus lugares correspondientes. Cuando localizaron al Alférez Gallastegui, Valdespina le comentó su deseo de acercarse hasta el punto de Ibur-basoa donde se apostaba el reducido pelotón de hombres comandados por el Capitán Iturriaga.

Atravesando Zelaizarreta ascendieron por Ateburu y Gaztañadizarra y, después de silbar la señal acordada, accedieron al lugar donde el párroco, el capellán y sus hombres estaban instalados. Valdespina pudo apreciar una gran sintonía entre todos ellos y quedó gratamente satisfecho de los lugares elegidos para entorpecer y obstaculizar el avance francés. Aprovecharon la visita para hacerles entrega de algunas vituallas y, después de compartir unos momentos con ellos, retornaron el camino de vuelta. No había ya mucho más que hacer. Estaba todo dispuesto. Solo quedaba esperar. En el camino de regreso Valdespina y Gallastegui se acercaron hasta la orilla del río y a la sombra de un fresno conversaron de manera animada y relajada sobre el presente y sobre su futuro.

-Si todo sale bien, que espero que así sea-, comentó el Alférez Gallastegui *-mi intención es abandonar la milicia y retornar a mi carrera de Leyes en el Colegio de Bergara, Puede que algún día no muy lejano tengas la necesidad de contratar a un buen jurisprudente para solventar algunos de tus asuntos.*

-Sólo te quedan dos años para finalizar- afirmó el Marqués *-Serás un buen letrado, estoy seguro de ello. El conocimiento y aplicación de las leyes es fundamental para la correcta andadura de un país y para el buen funcionamiento intersocial.*

Adoptando luego un tono jocoso y petulante Valdespina continuó:

-Quizás recurra a ti en caso de necesidad pero antes deberé estar bien informado del lugar de tu localización que bien pudiera ser la corte ¡O quizás una prisión?

-Tu perversión, querido Marqués, me obliga a pensar que será una prisión el lugar de nuestra próxima cita pero cambiemos los términos y pase yo a ser el visitante y tu el inquilino al que tenga que auxiliar con mis conocimientos y libertarte de tu destino carcelario- remató el Alférez Gallastegui.

Ambos compañeros bromearon sus irónicos comentarios. Poco más tarde se acercaron hasta el puesto de mando donde les salió al paso Domingo de Soloeche, el guardabosques, para comunicarles que el comandante Larrinaga se encontraba indispuesto. Rápidamente se acercaron hasta el lugar donde en aquel momento estaba siendo asistido por el único enfermero de la compañía, Blas de Bustinduy. Este les informó que el Comandante había sufrido un síncope y que consideraba conveniente que mantuviera reposo durante unas horas. Por el momento eso era todo; más tarde volvería a ser reconocido. Valdespina ordenó a cuatro hombres que trasladaran a Larrinaga hasta la casa del molino en las inmediaciones del barrio de Eizaga, donde podría reposar con más tranquilidad. Blas de Bustinduy les acompañó. Algunos soldados viendo a su Comandante ser retirado en camilla, no pudieron ocultar su preocupación y preguntaron por el motivo del percance. Valdespina, restando importancia al asunto y con el fin de no debilitar la moral de sus hombres, les comunicó que solo había sufrido un desvanecimiento debido a su obesidad y al calor reinante y que en un par de horas se encontraría de nuevo al frente de la compañía. Tal fue su modo de decirlo y su poder de convicción que el revuelo inicial fue pronto acallado y todos volvieron más tranquilizados a sus puestos.

La piadosa mentira de Valdespina, que en su fuero interno temía algo peor, se convirtió en realidad. Su dudoso pero firme vaticinio se cumplió a rajatabla. El Comandante Larrinaga no había sufrido, en efecto, mas que un desvanecimiento pasajero y hacía las cuatro de la tarde volvía caminando hasta su puesto de mando acompañado del Marqués y del Capitán Urquirizar.

Durante el trayecto fue observado por sus hombres lo que motivó un notable incremento de su moral. Tanto fue así que, a su paso, era aclamado con entusiasmo. Valdespina, con el fin de no restar protagonismo a un acto que indudablemente motivaba y dinamizaba a los efectivos vizcaínos, argumentando un olvido, se quedó rezagado con su inseparable Martín junto al caserío de Olaetxe.

El viejo y entrañable Comandante, al comprobar la fidelidad y el cariño de sus hombres, se sintió altamente motivado, y al llegar a Sallabente se dirigió a la ermita y se introdujo en el austero recinto. Sentado sobre un banco de madera Larrinaga alivio sus tensiones entre la frescura y el silencio del habitáculo religioso que se hallaba en penumbra. Pasaron las horas y se hizo de noche. Valdespina dormitaba bajo un roble y Gaytán, a pocos metros de él, hacía lo mismo pero de pie, como duermen los caballos. En otro árbol próximo se encontraban Martín y su dócil “Gorri”. Martín, tumbado y con los ojos abiertos, contemplaba el firmamento limpio y plagado de estrellas. Con la mirada localizó la estrella Polar y vio que el norte se situaba en dirección al paraje de Untzama y del monte Urko. Observó la luna, en cuarto menguante, y la vía Láctea. Cuando se hallaba a la búsqueda de la galaxia de Andrómeda, pensó: *-¡Que pequeño es el mundo!* Y al poco rato se quedó dormido.

La quietud de la noche fue, de repente, interrumpida por el sonido de la alboca que bajaba por la ladera de Kareaga en señal inequívoca de que las tropas de la Convención iniciaban su avance desde S. Andrés de Eibar hasta la Villa ferrera vizcaína. Sonaron, seguidamente, varias albocas y todos los efectivos de la Compañía d Ermua se posicionaron en los puntos acordados y quedaron a la espera de la orden correspondiente para entrar en batalla. Había llegado el momento crucial. Eran poco más de las cinco de la mañana y el profundo silencio era solo interrumpido por algún relincho ó por el ruido de las armas. De vez en cuando se oían algunas voces, quedas y pausadas, y el roce de pasos entre la hojarasca. Durante largos momentos el único sonido existente era el murmullo del agua de los ríos.

29 – AGOSTO – 1794

Los primeros soldados franceses llegaron al puente de S. Saturio, en la división de territorios entre Guipúzcoa y el Señorío de Vizcaya, a las seis de la mañana.

Las más tempranas luces del alba aparecieron por detrás del monte Urko y empezaban a reflejarse en la cima del Egoarbitza, la mole que se alzaba entre el desfiladero de Olarreaga y e curso del río Aixola.

Era un pelotón de avanzadilla que intentaba la inmersión amparándose en las sombras huidizas del amanecer. Los vigías vizcaínos apostados en Arestiburu, al tiempo que se retiraban hacía las campas de Untzama según lo acordado, volvieron a tocar repetidamente sus albocas. El profundo sonido de aquel instrumento ancestral cubrió el Valle de Ermua recorriendo las laderas de Udaeta, Munikola y Kareaga, alcanzando las estribaciones de Artarray ya al noreste de la Villa.

Las banderas de Ermua y del Señorío de Vizcaya ondeaban sobre un túmulo cercano al caserío de Espilla justo sobre la intersección del camino real con el pedregoso sendero que paralelo al río Aixola llegaba hasta el guipuzcoano punto de Elgueta, cuna de la saga familiar de los Orbe. Junto a las banderas se alzaba, también, el estandarte del Tercio de la Merindad de Durango con el emblemático símbolo de Guerediaga.

Cuando el sonar de las albocas se perdió entre el amanecer, se hizo nuevamente el silencio. Un silencio tenso, cortante, que palpitaba en el ambiente como los corazones de los mil vizcaínos dispuestos a defender su territorio apostando su vida en ello.

El relincho de un caballo frenó en seco el tímido avance de los escasos soldados de vanguardia gala que en ese momento se encontraban justamente debajo del caserío

de Aresti, sobre el camino, a la orilla derecha del río Ego. Ese instante de incertidumbre fue aprovechado por los hombres de Maquibar situados sobre Kanterazarra para atacarles por sorpresa, Dos franceses cayeron a la primera andada; los restantes recularon en desbandada momento que fue aprovechado por los hombres del capellán para salirles al paso y hacerles fuego desde el lado derecho de la carretera ocultos entre los matorrales. Todos fueron abatidos y el único superviviente, herido grave, fue rematado de un certero bayonetazo en el corazón. La primera avanzadilla francesa yacía desparramada por el contorno. Un murmullo de voces entrecortadas y pasos presurosos y nuevamente el silencio; ésta vez vibrante, temeroso e incierto, pronto interrumpido por un sonido rítmico y trepidante. Un sonido que crecía por momentos. Era la escuadra de tambores del ejército francés que en punta de vanguardia avanzaba, atravesando Otaola, con paso regular y presuntuoso. Valdespina dándose cuenta de la estratagema enemiga y con el fin de que el frenético ritmo no hiciera mella en sus hombres, hizo una seña a Larrinaga que de inmediato dio orden de entrar en batalla. Los vizcaínos prepararon sus armas y se dispusieron a defender sus puestos con el mayor orden y disciplina posibles. La Caballería de Ermua tomó posiciones entre Solobarri y Olaurre a ambos lados del río Aixola a unos cincuenta metros del derruido puente. Los escuadrones de presión, fusileros y artilleros, se hallaban situados en forma de cuña en lugares estratégicamente estudiados y habilitados a tal efecto. Los cañones, escasos y más efectivos moral que militarmente, estaban instalados y preparados para la acción a la espera de la oportuna orden. El grueso de la Compañía ocupaba el camino real y sus alrededores a lo largo y a lo ancho de medio kilómetro, llegando los últimos hasta el paraje de Urkitza a escasa distancia de la ermita de S. Antonio y del cerco amurallado de la Villa.

Tras el aviso de Larrinaga, el Teniente Maquibar ordenó dar fuego al contingente de troncos, ramas y carbón de leña apilados en la carretera junto al caserío de Esparru y pronto se formó una enorme fogata acompañada de una enorme nube de humo que obstaculizaba, al menos momentáneamente, el avance francés y les ocultaba la visión de los soldados vizcaínos los cuales sabían perfectamente que aquel era paso obligatorio de las tropas de la Convección francesa so pena de meterse por terrenos intrincados, desconocidos y de difícil acceso. El Comandante francés Gravier ordenó a sus tambores detenerse frente a la casona de miqueletes e incrementar la trepidación y el ritmo de sus instrumentos. Al observar el camino ascendente de Olarreaga paralelo al Ibur-erreaka, Gravier comunicó a uno de sus capitanes que designara su destacamento e intentase por la ladera de Ibur-basoa para poder tomar la espalda a los defensores de Ermua que él catalogó como “esclavos” y “bandidos”.

Numerosos soldados franceses comenzaron la ascensión a través del bosque de Ibur hacía Munikola y Gaztañadizarra con la intención de alcanzar Albizuri y coger por sorpresa a las tropas del Señorío por encima de la ermita de S. Lorenzo. Al apercibirse del movimiento de los franceses el capellán D. Manuel de Iturriaga hizo una señal y de inmediato sus hombres comenzaron a lanzar gritos y a disparar al mismo tiempo desde distintos puntos de la ladera de Ibur con el fin de hacer ver al enemigo que aquella zona estaba fuertemente protegida y que había muchos más efectivos que los que realmente existían.

El Párroco D. Manuel de Rivas, a pesar de su sensible y crónica cojera, fue uno de los más activos en la labor trasladándose de un punto a otro, gritando y disparando por doquier. La estratagema dio resultado y los franceses, viéndose sorprendidos, dieron media vuelta ante el temor de que en aquella zona se hallaba un contingente de no menos de trescientas unidades. Los hombres del Capellán eufóricos, dispararon a discreción y causaron numerosas bajas a los galos que, finalmente, huyeron

despavoridos hacia el límite de territorios donde se encontraban los otros destacamentos y la caballería francesa.

El Comandante Gravier recibió de muy mala gana el rotundo rechazo de los soldados vizcaínos a su pretendida incursión por Gaztañadizarra y claramente enojado ordenó a su mejor grupo de zapadores la retirada de los obstáculos acumulados a la altura de Kanterazarra para dejar libre el camino. Mientras tanto efectivos vizcaínos al mando del alférez Gallastegui se situaron en los alrededores del montículo donde se alzaba el caserío Esparru con el fin de obstaculizar la operación francesa haciéndoles frente. Los soldados galos, zapadores y unidades del grupo de Cazadores, fueron hostigados por Gallastegui y su pelotón de forma violenta y aunque los franceses consiguieron dejar expedito parte del camino, fueron diezmados por los vizcaínos y de nuevo tuvieron que retroceder ante la furia y la presión de los soldados de la Compañía de Ermua.

Después de estas primeras escaramuzas, que causaron más de una treintena de bajas en las tropas de la Convención, Valdespina mando replegarse a sus hombres junto a la ermita de Sallabente en la certeza de que las tropas de Gravier realizarían, en breve, un ataque duro y contundente como así ocurrió media hora más tarde.

Eran pasadas las siete de la mañana y la claridad era ya completa. Los efectivos vizcaínos estaban totalmente ocultos entre las laderas del río Untzama y las vertientes del río Aixola. Solo la caballería, con cincuenta hombres al mando del Capitán Urkirizar, quedaba, a la espera de atacar, en las proximidades de Olaetxe, protegidos en el hayedo en la orilla izquierda del río Aixola.

Aunque el puente de Sallabente había sido demolido, en el caso de un fuerte empuje galo, la Compañía de Ermua podía batirse en retirada atravesando el río por la parte de Olaurre para poder dirigirse con celeridad o bien hacía el barrio de Eizaga o en dirección a Ermua siguiendo el cauce del río Ego.

A una nueva orden de Gravier, la Compañía de Husares hizo su aparición por la muga de territorios. Eran más de cien hombres montados a caballo provistos de sables y pistolas. Impresionaba verles acercarse a trote por el camino real. El Cdte. Larrinaga lanzó una mirada preocupante al Marqués. Valdespina, sin inmutarse, levantó su mano, armada con una pistola, y realizó un disparo al aire. De inmediato los mil efectivos vizcaínos hicieron la misma operación al tiempo que empezaron a emitir gritos e irrintzi que resonaron por todo el valle y por las vaguadas de los montes desarbolando a la ordenada y uniformada caballería francesa que comenzó a titubear ante el estruendo y el griterío existente. Los fusileros y granaderos galos que avanzaban tras la caballería en número superior al millar, al captar el titubeo de su vanguardia fueron también dominados por el nerviosismo y comenzaron a reforzar más la vigilancia por los bordes y aledaños del camino en un intento de no verse sorprendidos por los flancos, descuidando el frente. Era el momento preciso para un enfrentamiento que se presentaba abierto y duro. Valdespina miró de reojo a Larrinaga, que se encontraba junto a él y en ese mismo instante el Comandante dio la orden de entrar en batalla a todo su ejército. Valdespina tomó una respiración profunda y al grito de “aurrera mutilak” se situó en punta de vanguardia junto al Capitán Urquirizar y su caballería, al frente de la Compañía de Ermua.

Los vizcaínos animados por el Marqués se armaron de un valor sin límites y, sin dudar, fueron directos al choque contra las tropas de la revolución francesa.

El encuentro, que duró más de una hora, fue brutal. Desde el inicio los galos fueron sorprendidos por el arrojo y empuje de los soldados y voluntarios del Señorío. El Tte. Maquibar y su destacamento de fusileros fueron haciendo mella no sólo entre los granaderos y cazadores del general Gravier sino también en la caballería de húsares que

se encontró imprecisa y desarbolada avanzando y retrocediendo de forma muy desordenada, lo que fue aprovechado por el alférez de Zaldibar, Juan de Gallastegui, Para atacar con sus hombres en pequeños grupos imposibles de controlar por los franceses.

Serían las nueve de la mañana cuando los últimos soldados de la caballería francesa cruzaban a galope el puente de Olarreaga en dirección a Eibar.

Habían sido vencidos y se batían en retirada. Sonaron de nuevo las albocas y los defensores de la línea de Ermua se fueron reuniendo en los alrededores de la ermita de Sallabente. Habían salido victoriosos del primer enfrentamiento. Era entonces necesario recoger a los heridos y trasladarlos a lugar seguro. También había que realizar el recuento de bajas. En dos carruajes, arrojados por una veintena de soldados, se fue recogiendo a los heridos que no pasaban de la decena. Dos de ellos presentaban heridas de gravedad: uno, con una herida en la cabeza que parecía mortal, solo se diferenciaba de un cadáver por su respiración, suave y desacompañada; el otro había recibido un trabucazo en el vientre y manaba abundante sangre; estaba consciente y su rostro reflejaba una gran serenidad. Junto a él, haciéndole más llevadera la difícil situación, estaba Juan de Gallastegui que, rasgándose la camisa rodeó con ella la cintura del soldado malherido para evitar, en lo posible, la pérdida de sangre que, a borbotones, salía de su interior.

Los cuerpos de los soldados franceses muertos ó heridos, se encontraban desparramados por el camino real, en el corto trayecto entre el puente de S. Saturio y el caserío de Esparru. Algunos yacían en el lecho del río Ego y otro entre los matorrales de Kanterazarra e Ibur-basoa. Las bajas del Ejército del general Gravier, entre cadáveres y malheridos, ascendían a más de ochenta. Varios de sus caballos cabalgaban sin jinete y sin rumbo por las laderas de los montes circundantes y otros se encontraban desplomados a lo largo del terreno, donde se había desarrollado el duro enfrentamiento entre franceses y vizcaínos.

Había transcurrido poco más de una hora de obligada tregua en la que ambos bandos aprovecharon para tomarse un respiro, reagrupar sus efectivos, reordenar sus tropas y poner a punto sus armas. El Marqués y el Cde. Larrinaga revisaron junto con sus mandos las nuevas estrategias a seguir y ordenaron repartir entre sus hombres agua y panecillos de centeno.

Serían pasadas las diez de la mañana cuando el Capitán Urquirizar advirtió que por la loma de Kareaga, bajaba a galope tendido Juan de Bustinza, uno de los vigías de Motoasteko tontorra acercándose con rapidez al punto donde se encontraban reunidos los mandos. Cuando Bustinza llegó a la altura de la ermita de S. Lorenzo saltó de la grupa y se dirigió apresuradamente hacia el viejo roble de la Venta, donde se hallaban sus superiores, para dar cumplida información de sus pesquisas.

La noticia cayó como un rayo en los oídos de sus jefes: “Nuevas tropas con más de dos mil hombres a las órdenes del general Caucassanne hacían su aparición en la Villa de S. Andrés de Eibar procedentes de Deba”.

En unos instantes todos sus planes se vinieron abajo. Sin más preámbulos reunieron a toda la Compañía, con excepción del grupo del Capellán que continuaba en Ibur y Munikola, en la explanada de la ermita de Sallabente. De forma clara y contundente Valdespina informó a todos los soldados de la crítica situación que se avecinaba y planteó a sus hombres, siempre con el Comandante Larrinaga a su lado, de la urgente necesidad de tomar una drástica determinación acorde con las circunstancias. Debido al fragor de la batalla, al espíritu combativo y al indudable valor de los vizcaínos, la temeridad afloró en su debate y acordaron hacer frente al enemigo “pasara lo que pasara”. Ante la inequívoca decisión de sus hombres, Valdespina pidió un receso

y junto a Larrinaga y el resto de los mandos se retiró a deliberar al interior de la ermita de S.Lorenzo. Instantes después el Marqués de Valdespina, codo a codo con el Cdte. Larrinaga, y montado en su caballo Gaytan, se dirigió a los defensores de la Línea de Ermua:

-¡Soldados! . Con vuestra decisión habéis demostrado no sólo vuestro admirable valor y valentía sino también vuestra capacidad de sacrificio para defender, incluso con la vida, éste noble territorio. Estamos orgullosos de vosotros. Vuestro proceder y vuestra gallardía ensalzan las virtudes de nuestro Señorío y de sus gentes. Pero no debemos dejarnos cegar por la euforia. Tenemos que tener los pies en el suelo y tomar conciencia de la cruda realidad. El enemigo es ahora es cuatro veces superior en número a nosotros ya que acaba de llegar a Eibar la columna del sanguinario general Caucassanne. Estamos convencidos que en un corto espacio de tiempo estarán en disposición de avanzar en nuestra dirección y atacarnos. Hemos deliberado en consecuencia y consideramos inútil el sacrificio de todas nuestras vidas y más aún teniendo en cuenta que una retirada ordenada y rápida hacía el alto de Areitio nos permitiría, en el supuesto de una persecución de las tropas francesas, un nuevo intento definitivo en el límite de Ermua con la anteiglesia de Zaldibar. Debemos pensar también en nuestras familias y en la importancia de nuestras vidas de cara a próximos enfrentamientos.

Pero a pesar de todo, y comulgando en nuestro fuero interno con vuestra heroica decisión, planteamos el hacer frente al enemigo por última vez.

No cabe la menor duda de que será un choque duro, muy duro y después de su transcurso, a una señal acordada que será de dos disparos consecutivos de cañón, toda la Compañía de Ermua deberá batirse en retirada siguiendo la ruta del camino real hacía la ermita de S. Antonio. Que el Altísimo nos ayude y nos proteja.

Alzando su brazo izquierdo que empuñaba un pistolón, el Marqués de Valdespina arengó a sus soldados:

-¡Por Dios, por el Rey y por el Señorío de Vizcaya!

Un enorme vocerío siguió a las palabras del joven Marqués que comprobó cómo sus frases de aliento hicieron vibrar a los valientes vizcaínos que continuaron durante un buen rato con sus gritos de ánimo.

Valdespina observó al Comandante Larrinaga por el rabillo del ojo y vio sus ojos humedecidos y una leve sonrisa de preocupación y asentamiento en su semblante.

La batalla estaba servida otra vez y de nuevo la entrega y el esfuerzo debían ser máximos para debilitar y doblegar al enemigo. Más allá de la lucha el pensamiento de Valdespina se centraba en la imagen de la Villa de Ermua sin defensa alguna y en manos del enemigo. Esta visión anticipada de los acontecimientos ardía en su cerebro con fuerza inusitada, mitigada en parte por la tranquilidad de ver a sus moradores a buen recaudo. Pero ese no era momento de sentimentalismos. Había que centrarse y poner los cinco sentidos en el crucial momento que se avecinaba para afrontar la situación con cierta garantía. Era necesario reservar todas las energías para presentarse con la mayor lucidez y claridad de ideas ante los invasores franceses. En esta ocasión la estrategia a seguir se basaría en esperar el momento propicio para atacar por ambos flancos al mismo tiempo; por el derecho a través de Esparru y por el izquierdo, entre la maleza de la franja comprendida entre el río Ego y el caserío de Aresti. Este ataque sería llevado a cabo por el Tte. Maquibar al frente de los fusileros. Después de varias descargas se procedería a enviar, a primera línea de fuego, la totalidad de la Caballería del Capitán Urquirizar. Después de un breve diálogo y de la aprobación del plan por parte de Maquibar y de Urquirizar, ambos se pusieron de inmediato en faena para preparar, con la mayor escrupulosidad posible, sus respectivos ataques, el uno con sus

fusileros y el otro con su escuadrón de caballería. Faltaban unos pocos minutos para las once de la mañana y la línea defensiva de Ermua estaba ya situada y dispuesta para la lucha.

En las líneas francesas el general Gravier había sido relevado por el general Caucassanne al que, por veteranía y graduación, le correspondía la responsabilidad de tomar las riendas y dirigir las tropas.

Para romper la línea de Vizcaya en los tres frentes (Elgueta, Ermua y Ondárroa), el Jefe de mando de todo el Ejército francés que penetró en la península a través de Irún, el Capitán general Moncey, había dirigido el ataque a través de Guipúzcoa con varias de sus columnas, cuatro de ellas a la orden de Caillet que desde Tolosa intentó intento la penetración por los tres puntos citados. Sus primeras avanzadillas encontraron más favorables los pasos por Ondárroa y Ermua por lo que Caillet decidió apoyar la penetración por esos dos frentes acumulando, para ello, más hombres y dispositivos por esos lugares. De esa manera llegó a concentrar en S. Andrés de Eibar las dos columnas pertenecientes a Gravier y Caucassanne para facilitar su avance a través del desfiladero de Ermua. Así pues, y sin más dilación, al general Caillet ordenó a los más de cuatro mil hombres concentrados en Eibar la inmediata invasión del territorio vizcaíno.

Más de ochocientos voluntarios y soldados de la Compañía de Ermua estaban ya apostados a ambos lados del camino en una distancia no mayor de cuatrocientos metros, lo que significaba una importante agrupación de hombres dispuestos para la lucha.

El violento y sanguinario general Caucassanne estaba ávido de venganza y sin preámbulo alguno se colocó, en las cercanías de la iglesia de S. Andrés de Eibar, al frente de las dos columnas de su ejército y ordenó el avance de sus filas en dirección al puente de S. Saturio en Olarreaga después de cruzar el paraje eibarrés de Otaola. Su prepotencia era tal que se permitió incluso el lujo de no enviar una avanzadilla de rastreo a observar y localizar los puntos de defensa mejor custodiados por las gentes que él, con su mayor desprecio, denominaba “bandidos y esclavos”.

A la larga, este signo de soberbia del empecinado francés que con su poderío de más de cuatro mil hombres daba por hecho el éxito de sus huestes, iba a crearle serias dificultades.

En filas de a ocho los diferentes escuadrones del ejército francés reaparecieron por la encrucijada de Olarreaga. Valdespina se había posicionado sobre la pequeña colina de Ateburu desde donde podría ser observado por sus hombres que, situados a la orilla izquierda del río Ego, serían los primeros en iniciar el acoso a los galos. La situación del sol en el alto del firmamento jugaba a favor de los defensores ya que, ocultos entre los arbustos y la maleza, observaban, con meridiana perfección, el avance enemigo.

El grueso del ejército de Caucassanne caminaba ya a la altura del caserío de Aresti, a unos cincuenta o sesenta metros de Esparru, por el camino real, cuando Valdespina dio la orden de ataque. Los franceses hostigados y acosados por ambos flancos, solo disponían de dos alternativas: o seguir avanzando con dificultad y lentitud o detenerse y quedarse a la defensiva. De las dos opciones la primera parecía más coherente ya que una detención total podría suponer un rápido aniquilamiento de sus hombres. Así pues, Caucassanne optó por la continuación del avance aún a sabiendas de que la decisión conllevaba un irreparable coste de bajas. Eso era lo que suponía Valdespina y ese fue el momento esperado para ordenar el ataque al Capitán Urquirizar. La caballería vizcaína hizo su aparición frente al caserío de Esparru y comenzó a cabalgar en dirección a Olarreaga con el máximo dinamismo y empuje. Los granaderos y fusileros franceses, sorprendidos por el inesperado ataque frontal vizcaíno, apenas tuvieron tiempo de frenar la acometida. El choque fue cruento y brutal y más de cien

soldados de la convención fueron masacrados en un instante por las valerosas tropas vizcaínas que, lejos de recular, siguieron contraatacando demostrando un valor poco común y una fe ciega en sus fuerzas. El empuje de los hombres comandados por Larrinaga y dirigidos táctica y estratégicamente por el Marques de Valdespina rompió los esquemas franceses y el general Gravier que, en retaguardia, era informado del desorden de las fuerzas vanguardistas, veía anulada la posibilidad de ordenar a su escuadrón de Husares un avance abierto y rápido. Por su parte, el general Caucassanne, en un intento por frenar la fuerte acometida vizcaína, ordenó a una de sus brigadas la ascensión por Ibur-basoa. Más de doscientos hombres comenzaron a ascender por las laderas de Munikola pero de nuevo el pelotón del Capellán Iturriaga entró en acción con gritos, voces y disparos por aquí y por allá de manera que la incertidumbre se apoderó de los franceses. Pero esta vez los galos eran más numerosos y a pesar de la heroica defensa de la posición, los soldados del Capellán veían acercarse peligrosamente a los franceses. Pero D. Manuel de Iturriaga aún guardaba una bala en su recámara y antes de ordenar la retirada mandó dar fuego a la espesa maleza del casi impenetrable bosque de Ibur cubierto de espinos, helechos, arbustos y sobre todo de argoma. Los tojos prendieron con endiablada rapidez y en unos instantes una franja de fuego de más de treinta metros de longitud hacía de muralla defensiva al puñado de vizcaínos que se encontraban en la parte alta de la barrera y ello les permitiría retroceder con menos agobios vía Gaztañadizarra. Posteriormente podrían descender con ligereza hacía las cercanías de la ermita de S. Lorenzo. Cuando los hombres del Capellán observaron que un grupo de franceses flanqueaba el fuego por el lado izquierdo en dirección a Munikola, tomaron la decisión de abandonar definitivamente los puestos y asegurar la retirada. Las primeras unidades galas que alcanzaron la cota de Munikola comenzaron a disparar a discreción a los soldados del Capellán que ya habían iniciado el retroceso y el párroco D. Manuel Rivas fue alcanzado por las balas en uno de los costados. Debido a la intensidad de la refriega los hombres del Capellán se dieron cuenta ya muy tarde de la ausencia de D. Manuel ya que, al ser cojo, era, por lógica, el más retrasado del grupo. El párroco de Ermua avanzó unos metros y cayó tendido en la ladera de la montaña, al pie de un avellano. Estaba malherido y al volver a la realidad, después del fuerte impacto, se dio cuenta que sus minutos estaban contados. Su mano izquierda se aferró con fuerza al crucifijo de plata que colgaba de su cuello y su mano derecha asió enérgicamente a la pistola que asomaba en su fajín.

-Moriré matando- musitó D. Manuel con voz entrecortada. Pronto sintió, entre la hojarasca, unos pasos que se acercaban y muy lentamente se fue girando hacía un lado para tener, en el momento del encuentro, a su enemigo enfrente. Ocultando su mirada tras la rama de un helecho, D. Manuel esperó el máximo acercamiento del francés y cuando se hallaba a menos de cinco pasos observó, a duras penas, que el soldado galo armaba su bayoneta para rematarle. El cura no lo pensó dos veces y disparó su pistolón al centro de la silueta; luego cerró los ojos y notó que se iba desvaneciendo.

Por el camino real el caos entre los franceses era evidente. Estos, sin tiempo de reaccionar, disparaban a cualquier lado y sin dirección precisa, totalmente desorientados.

Algunos de ellos comenzaron a recular lo que dio pie a Caucassanne para disparar al pecho de uno de sus granaderos en el afán de impedir el retroceso de sus hombres. Pero ese y otros actos no eran suficientes para mantener el orden, y el pánico comenzó a hacer aparición entre sus filas.

Los hombres de Urquirizar, Maquibar y Gallastegui dominaban claramente la situación pero nuevos efectivos galos asomaban por Olarreaga y a pesar del desorden de

sus huestes, la acumulación de hombres empezaba a ser muy importante por lo que Valdespina, tomando en consideración este hecho con seriedad, mandó pasar el aviso de que media hora más tarde, y a la señal acordada de dos disparos de cañón, se realizara el reagrupamiento de la Compañía de Ermua en los alrededores de la ermita de S. Lorenzo con el fin de batirse en retirada de una manera ordenada y coherente. Estaba claro que ese intervalo de tiempo iba a ser decisivo por lo que era verdaderamente necesario realizar un último esfuerzo con el máximo de coraje. Los vizcaínos, motivados, atacaron con bravura inusitada. Los franceses, apelonados en los aledaños del puente de S. Saturio, tuvieron que posicionarse rodilla en tierra para contener a los vascos. Aprovechando el dominio territorial el Alférez Gallastegui, con su reducido grupo de hombres, fue recogiendo a los heridos y trasladándolos con la mayor celeridad posible hasta la explanada de la ermita.

Una vez conseguido el objetivo marcado y con el fin de evitar el cuerpo a cuerpo estando en franca minoría, Valdespina ordenó la definitiva retirada que se realizó de manera rápida y por los flancos una vez sonaron, consecutivamente, los dos disparos de cañón. La caballería de Urquirizar fue la última en retirarse protegiendo, en lo posible, a los soldados de a pie. Una vez alcanzado el punto de la ermita, todo se realizó de una forma más apresurada para que los franceses no tuvieran tiempo de reaccionar.

Cuando la Compañía de Ermua alcanzó Urkitza, punto cercano a la ermita de S. Antonio, Valdespina se unió al Comandante Larrinaga con el que mantuvo una breve conversación. El Marqués convenció a Larrinaga para que encabezara la marcha con el grueso de las tropas hacia el alto de Areitio. El se quedaría durante un tiempo acompañando a sus artilleros de cañones que en breve efectuarían unos disparos intimidatorios para que de esa forma los franceses retrasaran al máximo sus posibles acciones. Los dos primeros cañones "Dragón" situados en diagonal a ambos lados de la carretera y a una distancia unos doscientos metros de las ferrerías y del cerco amurallado de la Villa, comenzaron a disparar en el instante en que algunos soldados franceses de avanzadilla asomaron por la delimitación de Espariu. Los impresionantes impactos de los proyectiles de los cañones intimidaron sobremanera a los galos lo que dio tiempo a los hombres de Valdespina para, después de la andanada, empujar a los cañones, que disponían de ruedas, hasta el borde del río, justo al lado derecho del camino, y arrojarlos a su cauce. De igual modo, minutos más tarde los otros dos cañones ubicados a la altura de Txabolondo, hicieron fuego de manera consecutiva hasta que uno de ellos quedó inutilizado a la tercera descarga por rotura del sistema de ignición y debido a la premura de tiempo fue abandonado en el mismo lugar donde estaba situado. El otro, al igual que los dos anteriores, fue a parar al río.

Valdespina y el puñado de hombres de la retaguardia galopaban ya por la carretera en dirección al alto de la colina a reencontrarse con el resto de la Compañía junto a la explanada contigua a la ermita de Sta. M^a de Areitio punto dominante de la población de Mallabia, y de los caseríos que la rodeaban.

Cuando bordeando la muralla de Ermua llegaron hasta el portón del parque del Palacio del Marques, Valdespina hizo una seña a sus hombres para que continuaran hacia delante sin demora al tiempo que él hacía un último alto en el camino sin apearse del caballo. A lomos de Gaitan, sucio y fatigado, el Marqués alzó su mirada por encima del cerco y visionó su palacio, la iglesia y el casco urbano de la Villa. Temía profundamente por el futuro de su pueblo y tuvo una sensación de angustia e impotencia muy cercanas al sollozo. Los franceses no perdonarían, estaba seguro de ello, y aún más conociendo la calaña del despiadado Caucassanne. Pero él no podía hacer más. Había llegado al límite de sus fuerzas y además en esos momentos era imposible contar con un ejército más numeroso de vizcaínos que se batían en otros frentes. El joven Marqués

respiró profundamente y un pinchazo de dolor recorrió todo su cuerpo. Para no pensar en los próximos acontecimientos bajó su mirada triste y melancólica acarició el lomo de Gaitan y mesó sus crines. Tenía que abandonar su pueblo y marcharse, no quedaba otro remedio. Además los franceses podían llegar de un momento a otro.

-No puedo dejarme dominar por el abatimiento- Reflexionó Valdespina Además me queda el consuelo de saber que hemos salido airosos de esta batalla que en sus comienzos podía considerarse perdida. Tengo que sobreponerme...

Con su mano izquierda recogió los largos cabellos que caían por su frente y se irguió sobre la grupa de su caballo. Orgulloso de su pueblo y del deber cumplido, el Marqués de Valdespina azuzó a Gaytan y partió a galope, cruzando por Torretaburu, hacia la cumbre de Areitio.

2 – SEPTIEMBRE – 1794

Valdespina, montado en su caballo, tomó el sendero que por detrás de la Casa Torre, en el barrio de Kaltxango, ascendía en dirección sur, por el paraje de Pagadieta, hasta el pico de Espillaburu y continuaba hasta la cima del monte Udaeta que con Urko y Mallamendi era uno de los tres picos que rodeaban la Villa de Ermua.

A media ladera, en el linde de un pequeño bosque de hayas, Valdespina desmontó de la grupa de Gaitan y puso pie a tierra sobre la vereda cubierta de endrinos ya con sus frutos medio maduros. El idílico lugar contrastaba con la visión que Valdespina tenía, enfrente, de su adorado pueblo, devastado, incendiado y saqueado por las tropas francesas de la Convención.

Sin poder contener las lágrimas, lloró amargamente al contemplar el triste panorama de destrucción y desolación. Aún, tres días más tarde de la invasión, humeaban las casas derruidas por las llamas.

Desde el otero el Marqués, anegado en lágrimas, observó con detenimiento su pueblo aniquilado. Todavía quedaban, dentro de la catástrofe, nueve edificios en pie, y tan solo, por su construcción en piedra de sillería, las singulares torres de la iglesia y del palacio permanecían incólumes, en medio del silencio, de la tristeza y del dolor.

El Marqués de Valdespina cerró los ojos en un intento de evitarse una pena mayor y en su fuero interno mantuvo una dura pugna con su conciencia tratando de desnivelar la balanza del amor, de la indulgencia y del perdón con la venganza, el odio y el rencor. Finalmente, su talante humanitario, su carácter leal y caballeroso y su espíritu honrado y cabal, desequilibraron su lucha interior a favor de la abnegación, la renuncia y el sacrificio de su voluntad.

Aspirando profundamente el aroma de su montaña el joven Valdespina se planteó el reto de ayudar con todas sus fuerzas a la reconstrucción de su querido y amado pueblo.

EPÍLOGO

Muchos otros acontecimientos acaecieron en años posteriores en la Villa de Ermua en los cuales siempre estuvo presente el III Marqués de Valdespina que, ahora, en plena juventud, apesadumbrado y compungido, no podía hacerse ni tan siquiera una pequeña idea de los avatares que la vida le depararía, siempre de la mano de su pueblo que tanto amaba.

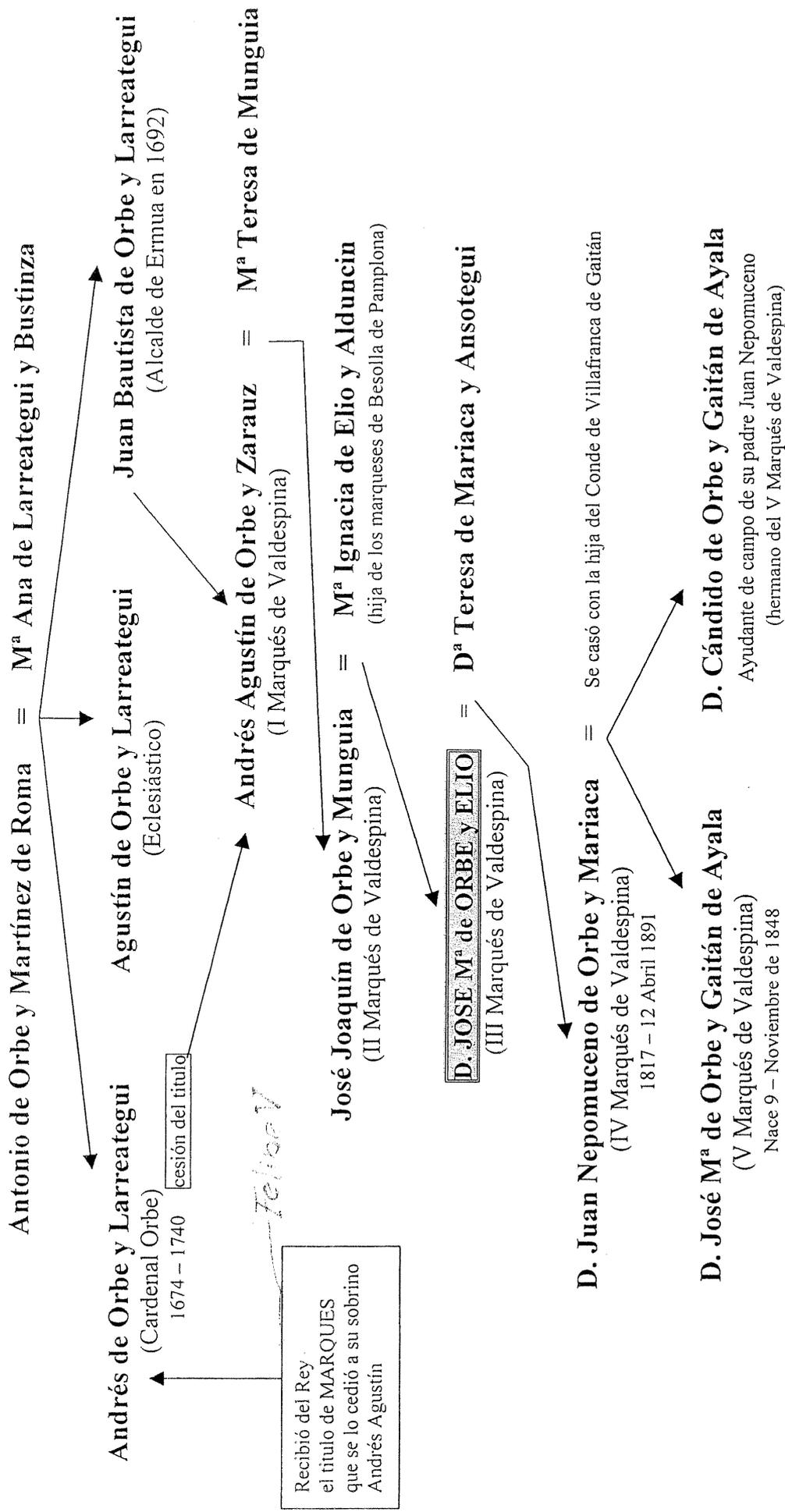
Alegrías, desasosiegos, penas y destierros, juicios, encarcelamientos, penurias, glorias y un sin fin de sucesos que Valdespina estaba destinado a afrontar a lo largo de su existencia.

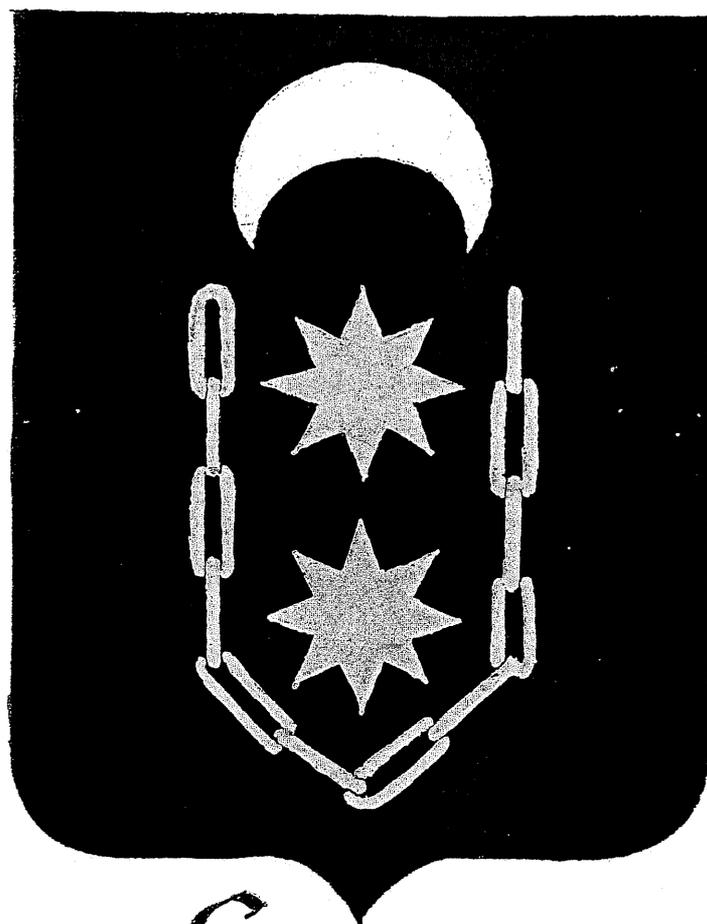
A la guerra de la Convención, finalizada en 1795 con la Paz de Basilea, le siguieron los sucesos de la Zamacolada, la guerra de la independencia y el Trienio liberal, marcados por importantes e históricos sucesos bélicos, rebeliones, colaboracionismo, traiciones, pactos, quiebra social y otros acontecimientos en los que Valdespina estuvo siempre inmerso.

Personajes como Bernardo de Zamacola, el Rey Fernando VII, el general Rodil y novia de Salcedo, se entremezclaban con Zumalacarregui, Carlos IV, Maroto, Espartero, los fusilamientos de Estella y el Convenio de Bergara, hechos y nombres, estos últimos, pertenecientes a la última guerra carlista, suceso este que marcó definitivamente el destino final del personaje central de este relato.

Pero todo esto entra a formar parte de otros episodios diferentes de la apasionante existencia de D. José M^a de Orbe y Elio, III Marqués de Valdespina.

ARBOL GENEALÓGICO





Ermua

Armas primitivas u originales de la Villa de Ermua, sobre la base de la descripción que de las mismas hace Iturriza en su obra "Historia General de Vizcaya" (1789). El blasón heráldico de la Villa se definiría de la siguiente manera: "En campo de azur, dos estrellas de ocho puntas de oro, puestas en palo, surmontadas de un creciente ranversado de plata y acompañadas a diestra, punta y siniestra de una cadena de doce eslabones de oro, puesta en orla".

